HIJA, ESPOSA Y MADRE,

COMEDIA EN TRES ACTOS

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON PEDRO DE GOROSTIZA.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.
1838.

PERSONAS.

El conde de Valmi, *general del tiempo del imperio.*
Melcur.
Carlos Darbel.
Forestié, *hombre acaudalado.*
Matilde, *hija del conde y prima de*
Albertina, *marquesa de Montiñi.*
Fani, *oficiala de modista.*
Luisa, *hija de Forestié y de su esposa.*
Dos criados.

La Escena es en París y en casa del conde de Valmi durante el primer acto, que se supone haber pasado el año de 1818; el segundo acto es en casa de Forestié, año de 1826; y el tercero, año de 1834 en el mismo aposento que durante el primero.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon adornado con elegancia en casa del conde de Valmi. Tres puertas, una de entrada en el centro, y dos á los costados que conducen á los aposentos del conde y de Matilde. A la izquierda de los actores una mesa con libros y todo lo necesario para dibujar: á la derecha otra mesa con estante abierto, dentro del cual se verá una cajita de caoba.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS.

Entra alegre por la puerta del fondo con un ramillete en la mano, y dice volviéndose hácia la puerta.

Voy á esperar. (*Coloca el ramillete en un florero que habrá sobre la mesa, y dice mirando á todas partes con alegría.*) Su dibujo! su bordado! sus libros! Todo en este sitio retrata su imagen! Todo lo llena Matilde! Qué bien se halla uno aqui! Qué alegre me siento! Alli la vi por primera vez! Qué hermosa me pareció! Y despues! Cuántas gracias, cuántas virtudes no he descubierto en Matilde! Un entendimiento tan sólido! Una ternura tan estremada! Una sencillez, una dulzura tan inalterable! Y podia yo no amarla? Ah! No, Matilde! Tú fuiste mi primer afecto y serás el último, el único! Siempre, siempre te amaré.

ESCENA II.

CARLOS. MATILDE.

Esta llega sin aliento habiendo oido las últimas palabras de Carlos, y le presenta la mano.

Mat. Siempre?

Car. Querida amiga, qué aprisa venis!

Mat. Mas aprisa palpita este (*Poniéndose la mano sobre el corazon.*) desde que oí vuestra voz.

Car. (*Gozoso.*) Hoy es por fin el dia! Hoy es!

Mat. No se me ha olvidado, Carlos, no por cierto. Mas ya que la festividad es tan grande, venga mi adorno. (*Coge el ramillete y se le coloca en el costado.*) Le llevaré todo el dia, y á la noche os le volveré; y vos le guardareis siempre en memoria de tan feliz dia.

Car. Veis qué mañana tan hermosa? Qué sol tan brillante!

Mat. No es el sol, por mas brillante que se muestre, quien hace dichosos los dias; pero ya que ha querido hermosear este, tanto mejor. A las cinco de la mañana todos los pájaros de las Tullerías cantában mas alegres que nunca.

Car. Y anoche? La luna daba en vuestras ventanas; pero si vierais! Era un resplandor tan puro! Tan suave! Parecia un rayo de bienaventuranza lanzado del cielo.

Mat. Cómo, Carlos, á la hora en que habiais de dormir estabais paseando mi calle?

Car. Y vos, Matilde, en vez de aprovechar el sueño de la madrugada, os despertais antes que los pájaros?

Mat. Amigo, es que hoy...

Car. Amiga, es que hoy vuestro padre ha dado palabra de que señalará el dia de nuestra boda. Dios mio! Qué dicha tan grande! Unidos para siempre!

Mat. Y no lo estan ya nuestros corazones?

Car. Matilde, hoy hace un año que os vi por primera vez; ahí, sentada junto á esa mesa!

Mat. Mi padre estaba alli, leyendo la carta de recomendacion que traíais para él.

Car. Y yo mientras, contemplaba estático á una hermosísima jóven, que no levantaba los ojos de su labor, y sin embargo, se ponia encarnada como si viese todo lo que estaba pasando en mí. Al fin, nuestras miradas se encontraron, y ya no hubo remedio: mi reposo, mi felicidad, mi existencia dependieron de Matilde.

Mat. Y el reposo, la felicidad, la existencia de Matilde dependieron de Carlos.

Car. Poco tiempo despues declaré á vuestro padre mi amor, que él habia adivinado ya.

Mat. Y mi padre os dijo: el 15 de Marzo es el cumpleaños de Matilde; cuando llegue, si todavía os amais... Casi no puedo perdonar á mi padre que lo haya puesto en duda.

Car. Pero añadió: os casareis con mi hija.

Mat. Y ya veis que nos amamos mucho mas que entonces.

Car. Es cierto, Matilde; al principio erais tan severa que os enojabais cuando se me escapaba alguna espresion amorosa.

Mat. Cómo no queriais que temiese una jóven que al nacer se quedó sin madre, y que se ha educado ella misma, por decirlo asi?

Car. Y aquella tia anciana de quien me habeis hablado?

Mat. Una pobre religiosa, aun mas ignorante de las cosas del mundo que mi padre, que habiendo sido general del emperador nunca le abandonó sino á pesar suyo y á la estremidad, cuando hace tres años le condugeron los ingleses á la isla de Santa Elena.

Car. Pero vuestro padre, que no puede estar ocioso, despues de retirarse del servicio se ha dedicado á varias empresas de industria, y con tanto empeño, que parece que os tiene olvidada.

Mat. Me quiere entrañablemente; y me hace vivir con un lujo inútil, dándome maestros de todas clases; pero en cuanto á los asuntos de la vida nada sé, ni puedo consultar con nadie sino con mi entendimiento y mi corazon.

Car. Que tan bien os inspiran!

Mat. Sin embargo, me parecia á mí que habia cosas que el corazon de una jóven no debia aprender de nadie sino de su madre; y pasaba la mitad del tiempo engolfada en estas ideas; pensativa, dudosa, indiferente á todo... ya un dia esta monótona existencia se transformó; las tiernas espresiones que antes cantaba sin entender, tuvieron para mí sentido; un sentido que hacia temblar mi voz; las figuras que dibujaba me conmovieron interiormente; sentí la poesía, las artes, que hasta entonces no habia hecho mas que estudiar; tan pronto avasallada por el temor, como sostenida por la esperanza; unas veces llena de zozobra, otras aguardando tranquila; no podia adivinar qué mudanza era aquella, ni por qué se habia animado tanto á mis ojos todo lo que antes me parecia muerto. Yo lo ignoraba, Carlos, (*Sonriéndose.*) pero vos ya lo sabiais (*Ofreciéndole la mano.*) Ya sabiais que os amaba.

Car. Entonces me ocurrió una idea espantosa! Vues-

tro padre, segun decian, habia triplicado su fortuna; debia desear un partido proporcionado para una hija tan rica y bella. Yo no tenia mas que un destino mediano. Dios mio! Con cuánto temor fui á hablarle! Pero él, sonriéndose con admirable bondad, me dijo: de qué temblais Carlos? Yo no soy mas que un soldado viejo; pero tambien he tenido veinte años; y no lo he olvidado de tal manera que os hubiese dejado todos los dias al lado de una muchacha bonita, sino me hubiera dicho á mí mismo: el hijo de un antiguo compañero mio puede tambien ser mi hijo.

Mat. Qué bueno es mi padre! pero no es tan rico ciertamente como se dice: yo sé que ha esperimentado pérdidas, y que se ha disminuido mucho esa fortuna que tanto os amedrentaba.

Car. Cómo lo sabeis?

Mat. Nunca me habla de negocios; pero algunas veces le veo triste, y tan embebido en sus cuentas... mirad, mirad cuántos números! (*Va al estante, abre la caja de caoba, y deja caer al instante la tapa esclamando:*) Ay Dios!

Car. Qué es eso?

Mat. Nada; una niñería: no puedo ver ni tocar las armas de fuego, y dentro de esa caja hay unas pistolas inglesas que vuestro amigo Melcur trajo á mi padre, cuando vino últimamente de Lóndres.

Car. De todos modos, aunque vuestro padre no esté rico, yo soy jóven, puedo trabajar y hacer fortuna. Ojalá que lo consiga, para que Matilde no tenga nada que desear!

Mat. Qué decis, Carlos? No me conoceis? No sabeis que todo lo que yo puedo desear es que nunca dejeis de amarme?

Car. Pues yo quiero que vuestra prima la marquesa de Montiñi, tan nombrada por su elegancia y su fausto, no luzca en la sociedad mas que vos; que no os lleve ventaja en nada.

Mat. Quereis que me parezca á Albertina? Yo, que la compadezco tanto! Que no puedo acabar de entenderla!

Car. La marquesa, que hace tres años está viuda, procura sacar partido del mundo, y no pierde ninguna diversion.

Mat. Carlos, un año entero de diversiones no equivale á un solo dia de felicidad. Yo no necesito adornos, ni quiero ser linda sino para vos. Disfruten las demas mugeres de cuantos bienes apetezcan: diamantes, galas, festines, bailes, aplausos; yo poseo un bien mas envidiable, y que no trueco por todos los demas juntos: el amor de Carlos!

Car. Es posible, Matilde! Y dirán que la vida es una pesada carga? Que no existe la felicidad?

ESCENA III.

DICHOS. MELCUR, *que ha oido las últimas palabras de Carlos.*

Mel. Quién ha de decir tan grande disparate? (*Irónicamente.*) Lo que sobra en este mundo es felicidad. Todos los hombres son buenos; todas las mugeres fieles; y si alguno da en quejarse es de puro melindre.

Mat. Señor de Melcur...!

Car. Ya sabeis su costumbre: siempre empieza por burlarse de nuestra dicha.

Mat. Es envidia, ó sentimiento de haber perdido la suya?

Mel. Acaso uno y otro. Pero dónde está el general? Venia á verle, y no á interrumpir una conferencia tan agradable.

Mat. Mi padre salió esta mañana temprano, y no ha vuelto. Aun no le he visto yo hoy.

Mel. Ha estado dos veces en mi casa y no me ha encontrado. Como tiene tantos negocios me ha parecido estraño, y vengo á toda prisa por si es alguna cosa de importancia.

Mat. Señor de Melcur, ya hace tres meses que vuestro amigo Carlos os presentó en esta casa; acabábais de llegar, segun nos dijo, de un viaje de algunos años, emprendido solamente por curiosidad.

Mel. En efecto, á los 23 estaba harto de París, que me habia robado el mayor de los bienes, las ilusiones de la juventud. Nada debia al mundo, que ni siquiera habia querido tomarse la incomodidad de engañarme... de consiguiente, eché á andar.

Mat. (*Sonriéndose.*) Pero habeis vuelto.

Mel. Qué habia de hacer? Despues de cuatro años de viajes he venido á parar otra vez aqui, pues aunque en ninguna parte se reciban tantas pesadumbres como en París, tampoco hay pueblo en el mundo en donde tenga uno menos tiempo de sentirlas.

Mat. De suerte, que en resumidas cuentas teneis veinte y siete años, bienes de fortuna, y...

Mel. Hace poco tiempo que he heredado.

Car. Podeis disfrutar de todos los placeres, de todas las satisfacciones...

Mat. Y no obstante, siempre veis las cosas por el

lado peor. Esta manía no es natural. Si fueseis u malvado, ya lo entiendo: es imposible que los mal vados sean dichosos, porque ninguno los ama; per vos...!

Mel. (*En tono desdeñoso.*) Amar...? La amistad rar vez es desinteresada; y el amor... Vamos, mas val dejarlo; demasiado pronto mudareis de ideas, como me ha sucedido á mí.

Mat. } Jamas!
Car. }

Mel. El tiempo lo dirá.

Mat. Desde que tuvimos el gusto de conoceros os estoy observando, y me habeis tenido hasta ahor muy confuso; pero ya lo he adivinado todo.

Mel. Y qué habeis adivinado?

Mat. En primer lugar no sois tan maligno como lo quereis aparentar.

Mel. Hay tantos que aparentan ser mejores de lo que son!

Mat. Generalmente siempre hablais mal de las mugeres.

Car. Acaso porque alguna os ha dado motivo de hacerlo asi.

Mel. Puede ser.

Mat. Hay una á quien nada perdonais; á quien siempre vituperais cuando está presente; pero no sufris que ninguno la critique cuando no lo está. Es prueba de que la habeis amado; y quién sabe si todavía...?

Mel. Por Dios, no acabeis. Yo amarla todavía...! Hace mucho tiempo que ni me acuerdo de ella.

Mat. Albertina es atolondrada, pero tiene escelente corazon. Muchas veces he observado que se sonrojaba al oir vuestras sátiras, que ya digo, para mí

son una señal de que la quereis todavía, pues aun le guardais rencor.

Mel. Yo rencor? Por qué motivo? Porque hizo lo que hubiera hecho otra cualquiera en su lugar?

Mar. Eso no; hay mugeres que son incapaces de semejante perfidia.

Mel. (*Con ironía.*) Quién lo duda? Pero al cabo Albertina no fue tan culpable: yo la adoraba; íbamos á casarnos; ella juraba que me correspondia con la mayor ternura; que á nadie amaria sino á mí: en esto se presenta el marqués de Montiñi; le ofrece un título y riquezas; qué habia de hacer sino aceptar? Aceptó; y para que yo no pudiese estorbar su designio, me engañó hasta el último momento. Ya veis que este lance no ofrece ninguna novedad, y que cualquiera hija de Eva suele dar el mismo pago.

Mar. Melcur!

Mel. La mayor parte de las que blasonan de fieles, si se les presentase una buena ocasion...

Nat. Eso es tan injusto, que se le quitan á una las ganas de interesarse en favor vuestro.

ESCENA IV.

DICHOS. UN CRIADO. *Despues* LA MARQUESA DE MONTIÑI *y* FANI.

Un criado. Mi señora la marquesa de Montiñi.

Mel. Quedad con Dios, señorita. (*Despidiéndose.*)

Nat. (*Deteniéndole.*) No os vayais; mejor esperareis aqui á mi padre, que sin duda tiene que hablaros; y ademas, aun me quedan esperanzas de que este dia, que ha de asegurar mi felicidad, no será del todo inútil para la vuestra.

Mar. (*Entrando.*) Buenos dias, Matilde; os salud señores. Prima, aqui tienes á Fani, tu protegid me la he encontrado en la antesala dudando si iría ó no; pero cuando he sabido quién estaba co tigo, la he decidido á entrar.

Mat. Acercaos, Fani. Teníais algo que decirme?

Fani. Sí, señorita; pues como me dijisteis que vo viera hoy con motivo de mi casamiento...

Mar. Segun parece, le has hecho algunas promesa y pensabas en el modo de asegurar su futura sue te. Ya se ve, eres tan bondosa!

Mat. Mas te debe á tí, que á nadie; fuiste su m drina de bautismo; cuidaste de que se le diese bu na crianza y aprendiese un oficio... (*Volviéndo hácia Melcur.*) Pero si oculta de tal modo l favores que hace, que luego ni ella misma acuerda.

Mar. Bien dices; los olvido tan completamente, q ya no me acordaba ni de que existia Fani en mundo, cuando supe que tú me habias reempla zado. Es verdad que no tengo un momento mi los bailes, los conciertos, las visitas, el teatro dónde vamos á parar? Quiero ir solo á una part y voy á cincuenta. Es preciso cumplir con todo hallarse en todo, y por mas prisa que una muge se dé, apenas le queda tiempo para saber si es ver dad que se divierte.

Mat. Albertina...!

Mel. No la interrumpais; su franqueza nos va descu briendo tales cosas...

Mat. Nada nos dirá que no sea disimulable en s edad y su situacion.

Mar. Mil gracias, Matilde. Mi locura hace sobre salir mas tu juicio; y aunque te llevo seis años..

Pero volvamos á Fani: le prometiste arreglar hoy su casamiento con Valentin; porque en efecto, parece que hay un cierto Valentin, aprendiz de relojero.

ıni. Ay Dios! Ya no le hay, señora.

ıt. Cómo? Se ha muerto?

ıni. No, señorita; pero ya...

ır. Qué? La inconstancia fatal...

ɪl. Habrá penetrado en las tiendas de modistas; como se acabaron los privilegios señoriales...

r. Esplicaos, Fani; todos nos interesamos en favor vuestro, y queremos contribuir... pero cuáles son vuestros designios?

ıni. (*Como cortada.*) Ya no me caso con Valentin.

ıt. Por qué motivo? No decíais vos misma que era tan buen muchacho, tan laborioso, que os queria tanto?

ıni. (*Como cortada.*) Yo no le quito su mérito; pero...

ıt. Pero qué...?

ıni. (*Como cortada.*) Ya no le quiero.

(*Todos sueltan la carcajada, menos Matilde.*)

ıt. No le quereis? Es posible!

ıni. Parece que sí lo es, señorita.

ıt. Pues cómo? Qué ha hecho? Por qué renunciais asi á una buena boda?

ıni. (*En tono desdeñoso.*) A una buena boda...? Para una primera oficiala de modista? Qué, muchas de mi clase no se han casado con hombres poderosos?

ɪl. Muchísimas; sobre todo por temporada.

ır. (*Riéndose.*) Hablemos claros: se presenta algun partido mejor?

Fani. Sí señora.

Mat. Ay, Fani!

Mar. Y quién es?

Fani. Un hombre muy de forma; como que dicen que no se sabe el dinero que tiene.

Mar. Es jóven?

Fani. Jóven precisamente no lo es ya tanto como hace unos veinte años; pero aun no llega á los cuarenta y cinco; y esto ya veis que es muy bueno, porque los jóvenes no quieren mas que engañar.

Mat. Y Valentin?

Fani. Valentin, el pobre, como pienso en el otro ya no me acuerdo de él; porque en fin, es preciso hacerse cargo de la razon.

Mat. Hacerse cargo de la razon! Es decir, consolarse con el dinero de la desgracia de un amante! Y á él quién le consolará? (*Mirando á la marquesa.*) No solamente se le roba un corazon que ya era suyo, sino que el hombre engañado asi, se vuelve desconfiado, melancólico, maligno algunas veces á fuerza de padecer.

Mel. Quién piensa en eso? Lo que importa es divertirse, lucirlo...

El conde de Valmi. (*Desde adentro.*) Ha venido el señor de Melcur?

Mat. Es la voz de mi padre...! Fani, retiraos, pero no os vayais de casa, porque tengo que hablaros. Y á tí tambien, prima.

Mar. Cuando quieras.

Car. Ya está aqui vuestro padre.

ESCENA V.

EL CONDE DE VALMI. DICHOS, *menos* FANI.

n. Señor de Melcur... Señores...
ır. (*Notando su aspecto triste y distraido.*) Qué tiene?
r. (*Aparte.*) Qué tristeza!
ıt. (*Acercándose.*) Estais malo?
n. No, hija mia; ciertos asuntos que me llaman la atencion, y he querido hablar con el señor de Melcur, porque sé que su amistad...
l. Es verdadera, señor conde de Valmi, y podeis esperimentarlo cuando gusteis.
n. Mil gracias, señor de Melcur. (*A los demas.*) Si ustedes lo permiten...
ır. Bueno es eso! Solo faltaba que nos tratáseis con cumplimiento.
(*El conde se adelanta con Melcur, mientras las s señoras se sientan junto á la mesa del estante, Carlos habla con ellas en voz baja.*)
n. (*A Melcur.*) He estado dos veces á buscaros, porque desearia que me informáseis puntualmente de las circunstancias de una persona con quien parece que teneis relaciones hace mucho tiempo.
el. Quién es?
n. Forestié.
el. Le conozco mucho... pero... vos tambien le conoceis. A lo menos él habla de vos como de un amigo; y aun dice que tiene parte en vuestras empresas.
n. Habrá unos seis meses que necesitando dinero para el beneficio de las minas que he arrendado, tuve que recurrir á él.

Mel. Es un buen hombre, pero muy diestro en punto á especulaciones, como que se alaba de no haber hecho ninguna que no le haya sido ventajosa y aun de haber ganado mucho en aquello en qu sus compañeros han perdido.

Con. (*Tristemente.*) Quiere decir, que todo el diner de sus socios ha pasado á su faltriquera!

Mel. No hay duda, sabe hacer su jugada.

Con. (*Tristemente.*) Ya me lo temia yo.

Mel. Bajo un esterior sencillo y comun oculta una gran sagacidad. Hijo de padres humildes, que le criaron segun su estado, no tiene el trato y el lenguaje de la gente fina, pero le acompañan muy buenas prendas. Mi padre le ayudó cuando principiaba á hacer fortuna, y se acuerda de esto, asegurándome que nos estará eternamente agradecido. Es verdad que hasta ahora no he tenido necesidad de esperimentar su buena fé.

Con. Puede ser que mediando vos... pero sería abusar demasiado de vuestra bondad...

Mel. Esplicaos, señor conde, y creed que yo no deseo otra cosa que serviros.

Con. Siendo así, debo confesaros la verdad. Me veo en los mayores apuros: el estado de mis negocios es deplorable, y tanto, que me pone enteramente al arbitrio y discrecion de ese hombre. Si tuvierais bastante influjo con él...

Mel. Creo tener alguno, y que podré conseguir de él lo que otro no consiga. Ya os he dicho que no es un mal sugeto; antes al contrario.

Con. Él me ha hecho una propuesta que lo remediaria todo, pero no depende solamente de mí el aceptarla.

Mel. Quereis que yo le hable, y que os le envie cuan-

do me parezca ya dispuesto á complaceros en lo posible?

on. Me hareis el mayor favor.

lel. Pues voy al punto mismo, y no tardaré en volver á daros parte de lo que haya.

on. Contad con mi gratitud. (*Le acompaña hasta la puerta.*)

ar. (*A Matilde, levantándose.*) Voy á hacer algunas visitas, y volveré antes de comer.

at. Bien está; yo voy á hablar á mi padre, porque hoy es el dia señalado para tratar de mi boda... Y quién sabe si tú tambien...? A Dios, Albertina.

ar. Hasta luego, Matilde.

ESCENA VI.

CARLOS. EL CONDE. MATILDE.

n. Amigo Darbel, quereis esperarme en mi despacho? Tengo que hablaros, luego que haya dicho dos palabras á mi hija.

r. Lo que dispongais, señor conde.

(*Vase por la puerta que está á la izquierda de s actores.*)

ESCENA VII.

EL CONDE. MATILDE.

at. (*Muy alegre.*) Con que, padre mio?

n. (*Triste.*) Matilde!

at. Ya sabeis que hoy cumplo años.

n. Ya lo sé.

at. Y no dudareis de que yo tambien me acuerdo.

Con. Tú eres todo lo que yo amo en este mundo.
Mat. Y yo igualmente os amo mas que á todo.
Con. Es cierto eso, hija mia?
Mat. (*Titubeando un poco.*) Si es cierto...? Sí señor.
Con. Y si yo te pidiera que hicieses un sacrificio...?
Mat. Un sacrificio!
Con. Si la necesidad me obligase á exigir de tu amor.
Mat. Pero qué...?
Con. En esta vida Dios quiere probarnos con tal disgustos...! forma uno un proyecto; parece q todo se dispone bien, que va á realizarse, y cuan do menos lo pensamos...
Mat. Padre, hablad claramente.
Con. Escucha, hija mia, y verás si te oculto nada d lo que siento. Durante veinte años hemos vivid en Francia sin atender mas que á una palabra la gloria; pero en el fondo de nuestros corazon habia otra mas sagrada aun: el honor. Antes d rodear nuestro nombre de esplendor y laureles e menester conservarle puro. La gloria se cansó d nosotros; el honor nos quedó. Pero si fuese pre ciso perderlo todo...! Créeme, hija, tu padre n sobreviviria á esta desgracia.
Mat. Pero qué es lo que sucede?
Con. Lo que mas me aflige eres tú!
Mat. Yo? Pues mientras mi padre me viva, y él...
Con. (*Conmovido.*) Carlos...?
Mat. Sí, padre mio, tambien es hijo vuestro. En trambos os ayudaremos á sufrir la adversidad, por que ya he sospechado yo...
Con. Qué?
Mat. Que habeis ~~hecho~~ grandes pérdidas; que tal v habremos quedado pobres... qué importa eso? S pobre no es una ignominia. Nos iremos á vivi

á una aldea; vos habeis sido militar, no estrañareis las privaciones; y nosotros, estando en vuestra compañía, amándonos tanto...

on. (*Aparte.*) Y yo he de separarlos? Ah! Nunca: es imposible!

lat. No me respondeis, señor?

on. No sé qué decirle.

lat. Hoy es el dia que habíais señalado...

on. Un dia que fue en otro tiempo bien funesto para nosotros. Hoy hace diez y seis años que espiró tu madre despues de darte la existencia. Viendo cercano su fin, quiso dejarte algun encargo, pues luego que murió hallé en una cómoda este billete que nunca he querido abrir, y en cuyo sobrescrito puso ella misma con moribunda mano estas palabras: "Para mi hija cuando tenga uso de razon." (*Saca el papel de la faltriquera.*) Esta es la causa de haber escogido el dia de tu cumpleaños para fijar tu suerte; deseaba que fuese por todos títulos solemne para tí; que tu madre me viese hoy desde el cielo hacer tu dicha, y que nos bendijese á entrambos.

it. Aun no debemos perder las esperanzas.

n. Sin bienes?

it. Renuncio sin pena á ellos.

n. Y si fuese preciso...?

it. Qué...?

n. Renunciar... á... Carlos?

it. Á Carlos!

n. Te costaria mucho?

it. Mucho...? No... La vida.

n. La vida...? (*Aparte.*) En tal caso, no será la tuya.

it. (*Turbada.*) Padre!

Con. Toma, hija, la carta de tu madre. No sé l que contiene: serán consejos propios de su virtud Á Dios, hija. (*Le da la carta, y se va por la puer ta de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

MATILDE.

Se va sin esplicarse... Dios mio...! Y esta carta? N sé lo que me sucede. Madre mia! veamos. (*Abre l carta y lee.*) "Hija mia, tú, que no me conoce rás, y á quien amo con tanto estremo, que el al ma de tu madre comunique á lo menos á la tu uno de sus pensamientos. Recibe en herencia d este corazon, que pronto dejará de latir, el amo á tu buen padre, que fue mi única felicidad so bre la tierra. Viéndome pobre, huérfana, abando nada de todos, él me recogió, y en vez de abu sar de mi desgracia, se casó conmigo. Su ternura su bondad, las demas prendas de su alma so unos tesoros tan superiores á las riquezas que par tió con tu madre, que solo siento al morir no ha ber podido mostrarle mi gratitud, á pesar de ha berle querido tanto. Págale tú esta deuda, hij mia, y no dejes por Dios de cumplir religiosa mente esta última voluntad de tu madre. Haz s felicidad á costa de cualquier sacrificio, y mis ben diciones bajarán sobre tí desde el cielo, adon rogaré á Dios por entrambos." Pobre madre mi

(*Se queda silenciosa y cabizbaja.*)

ESCENA IX.

FORESTIÉ. MATILDE.

r. (*Aparte.*) Ella es... Válgame Dios qué hermosa...! pero qué triste!

t. Y mi buen padre...!

r. Señorita, precisamente venia á hablar con él, pero no me pesa de hallaros aqui, porque tambien queria deciros dos palabras.

t. A mí!

r. Soy Forestié. No me conoceis, pero acaso vuestro padre os habrá hablado ya de mí.

t. No me ha dicho nada.

r. Es muy estraño! Sin embargo, la proposicion que yo le he hecho merecia...

t. Hace poco tiempo que estaba aqui, y me pareció que pensaba decirme alguna cosa; pero no lo hizo, y se retiró á su habitacion muy triste.

r. Lo creo: tiene motivos para estarlo.

t. Pues vos qué sabeis?

r. Sé muy bien lo que tiene, y mas digo, soy la única persona que puede remediar su desgracia.

t. Vos? Ah! Señor!

r. Yo... y vos.

t. Yo! De qué modo?

r. Repito que no acabo de entender por qué os ha ocultado hasta ahora...

t. Pero qué...?

r. Que vuestro casamiento con un hombre rico podia solamente...

t. No acabeis, señor. Mi padre no se ha atrevido á decírmelo, porque sabia muy bien...

For. No acabeis tampoco vos, señorita: la sentencia que ibais á pronunciar, es demasiado terrible. Que no la oiga yo á lo menos de vuestra boca.

Mat. Y qué, vos, señor...?

For. Me persuadia que si mis prendas y mi afecto no bastaban para recomendarme, la ternura filial hablaria tal vez en favor mio.

Mat. Es posible!

For. Tengo doce mil duros de renta, y ademas sesenta mil en las minas que beneficia vuestro padre. Sus negocios van desdichadamente, y si recojo mis fondos, que se ha obligado á devolverme uno de estos dias, es un hombre perdido.

Mat. Ah! Pero no sereis tan cruel...!

For. Ya veis, señorita, nadie puede exigir de mí que yo sacrifique un caudad tan considerable por unas personas estrañas.

Mat. Es verdad!

For. Le he hecho una propuesta sobresaliente. Si la aceptase conservaria su crédito y no perderia su fortuna. Vos, señorita, tendriais todo el lujo á que estais acostumbrada, y si queriais mucho mas: alhajas, trenes, diversiones, todo lo que las jóvenes desean tanto. Un marido que aun no espanta, y cuyo nombre... Qué diablos! No es un nombre conocido en el barrio de la nobleza, en el arrabal de San German, pero que vayan, que vayan á la bolsa y pregunten cuánto vale mi firma.

Mat. No lo dudo.

For. Y ya sabeis que en este siglo no hay cosa real y verdadera sino el dinero. Su magestad el dinero es pacífico rey del mundo.

Mat. Mucho puede, pero...

For. Toma si puede! A los veinte años no tenia yo

un cuarto, y conocí que los hombres valian mas ó menos á proporcion de la cantidad que tenian de ese metal blanco ó amarillo, del cual yo carecia enteramente. Entonces me dije, es menester ser rico. He empleado veinte años en conseguir este triunfo, pero al fin le he logrado. Ahora trato de que mi dinero me proporcione cuantas mas satisfacciones sea posible reunir. No soy egoista; creo que cuando son dos á gozar se dobla la felicidad de cada uno; y quiero partir mi riqueza con una jóven hermosa, buena, amable, y bien educada. La juventud atrae la alegría; me gusta divertirme, y hasta ahora no he tenido lugar de hacerlo. Ademas, deseo emparentar con un hombre respetable, y para esto le salvo de una desgracia infalible, y me encargo al mismo tiempo de la fortuna del padre y de la felicidad de la hija.

Mat. Pero si á pesar del amor que profesa á su padre, esa hija no pudiese aceptar...?

For. Por qué no ha de poder? No es libre?

Mat. Libre... enhorabuena; pero si su corazon...

For. Tuviese ya dueño, no es verdad?

Mat. En ese caso, vos mismo rehusariais.

For. Segun y conforme.

Mat. Si ella os dijera, antes de que nos sucediesen estas desgracias, tenia tratado mi casamiento...

For. Cuántos de esos casamientos tratados nunca se llegan á realizar?

Mat. Con un jóven...

For. Que no tiene un cuarto, apostaria cualquier cosa.

Mat. Rico no es.

For. Y de consiguiente no puede salvar á su padre.

Mat. Pero si ella le amase, una confesion como esta de parte de la jóven...

For. Probaria que es incapaz de engañar.
Mat. Que no podria ser de otro...
For. Calle usted por Dios!
Mat. Sin morir de pena.
For. Nadie se muere de pena en una gran casa, perfectamente alhajada, con palco en la ópera italiana, bailes, coches, criados, y hasta cotorra, si tiene aficion á los avechuchos.
Mat. Qué decis!
For. (*Aparte.*) Hay mucho romantiquismo metido en esa cabecita. Es menester descubrirle todo el caso. (*En alto.*) El señor conde de Valmi se ha engañado en sus especulaciones.
Mat. Ya lo sé.
For. Está completamente arruinado.
Mat. Con lo que le da el gobierno viviremos en una aldea.
For. Quién, él? No vivirá: yo os aseguro que no podrá vivir.
Mat. Desde su juventud está acostumbrado á las privaciones.
For. Hay una cosa á la que nunca se acostumbrará.
Mat. Á qué?
For. Á la deshonra.
Mat. Á la deshonra!
For. Vuestro padre perderá de esta hecha no solamente lo suyo, sino lo que la confianza de otros habia puesto en sus manos.
Mat. No me ha dicho nada de eso.
For. Sin duda por no affigiros; pero yo os aseguro que es verdad. Varias personas que le creían con razon hombre de honor, le confiaron sus intereses, y se van á quedar en cueros. Hay tantos bribones que especulan sobre la credulidad de los demas, que

no es facil distinguirlos del hombre de bien desgraciado que se arruina científicamente. El mundo no mira las cosas tan de cerca, y á todos los que hacen bancarrota los llama bancarroteros.

Mat. Gran Dios! Por esto era...

For. Os vais enterando bien...?

Mat. Sí; ya lo comprendo todo: esta era la causa de su tristeza; esto lo único que podia abatir el espíritu de un hombre como él; lo único que podia hacerle vacilar cuando se trataba de la felicidad de su hija...! Y vos podeis salvarle, señor?

For. Creo que sí.

Mat. Sí, vos podeis salvarle; vos le salvareis; restituireis la tranquilidad al mejor de los hombres; y su familia entera bendecirá vuestra virtud.

For. Señorita, yo no deseo otra cosa; si llego á pertenecer á esa familia, estoy obligado á hacerlo.

Mat. Pero ya veis que es imposible: si mi padre quisiera, lo hubiera exigido de mí.

For. No habrá tenido valor para veros llorar.

Mat. Pues qué, tanto me quiere? Porque nunca le ha faltado valor para despreciar la vida.

For. Ese valor tampoco ahora le faltará, no tengais cuidado.

Mat. Su vida! Esta mañana decia: veinte años la he aventurado por la gloria, pero el honor es aun mas sagrado para mí. Ah! Si hubiese de comprar mi felicidad á tanto precio!

For. (*Aparte.*) Qué es lo que dice? En suma, yo queria obligarla á ser rica y feliz, pero si á ella no le acomoda...

Mat. Decid: es verdad que hay algunos que viendo sus negocios en muy mal estado resuelven quitarse la vida?

For. Seguramente: ese es el modo que tienen de pagar á sus acreedores. (*Entra un criado.*)

Mat. Á qué venis?

Criado. El señor conde me ha mandado que le lleve todos sus papeles (*Se acerca al estante, y va á tomar la caja.*), y esta caja.

Mat. (*Alterada.*) Esa caja!

Criado. Sí, señorita; esta es la que quiere: me lo ha esplicado bien.

Mat. (*Aparte.*) Ah! No hay duda. Padre mio, te ves obligado á escoger entre tu deshonra ó la desgracia de tu hija!

For. (*Aparte, al otro estremo del teatro.*) Positivamente no debo porfiar mas: sería una indiscrecion... una... una ordinariez.

Mat. (*Aparte.*) Cuál me miraba al decirme á Dios! Era su último á Dios! Quiere morir! Y yo titubeo? Ah! No, madre mia, no titubeo! Idos, José. (*Al criado*).

Criado. Pero si el amo pide la caja...

Mat. No importa, idos: yo se la llevaré. (*El criado da algunos pasos para irse.*) José; esperad, José... (*Se detiene un poco, y luego como quien toma una resolucion añade:*) Decid á mi padre que el señor Forestié pide licencia para entrar á verle.

For. (*Admirado.*) Yo!

Mat. Sí; id á ver á mi padre.

For. Y qué le he de decir?

Mat. Que vais de parte mia. (*Haciendo un esfuerzo.*)

For. Á qué?

Mat. Á darle gracias.

For. Pero de qué?

Mat. De que os concede... la mano de su hija.

For. Es posible! (*Queriendo arrodillarse.*) Señorita, permitid primero...

it. (*Impidiéndoselo.*) No, id á ver á mi padre.

r. Vos lo mandais?

it. Os lo suplico.

r. Y yo obedezco.

ESCENA X.

MATILDE.

madre mia! échame tu bendicion desde el cielo, y compadece á tu desgraciada hija. No hay duda, se hubiera quitado la vida... Pero Carlos...! Quiero á lo menos despedirme de él. Que sepa lo que pasa en mi corazon. (*Se sienta á escribir pronunciando las frases que pone en la carta.*) "Bien sabeis cuánto os amaba! El dolor que me oprime pondrá fin á mis dias. Este consuelo me queda. Todos los intereses del mundo no me hubieran trocado; pero el deber habló, y fue preciso sacrificarse. Pedid á Dios que me dé fuerzas y valor, y que la virtud nos ayude á esperar con resignacion la muerte. Á Dios, único objeto de mi amor." (*Se levanta apresurada.*) Alguien viene. Huyamos; no es posible ver á nadie en el estado en que estoy.

(*Mete la carta en un cajon del escritorio, y se*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala rica y elegantemente amue-blada, con tres puertas como la anterior.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA. MELCUR. MATILDE.

Mat. Ya ves, Albertina, que no nos debemos nada ~~hago~~ como tú, bailes todos los dias, ni una hora de sosiego, ni un momento de formalidad.

Mel. Todo el mundo hace lo mismo. Quién si no vos se casa para encerrarse entre cuatro paredes? Y esto durante ocho años! Bien podeis decir que son ocho años de matrimonio enteramente perdidos.

Mar. Sí, pero este invierno Matilde se ha soltado de manera que parece que quiere desquitarse en pocos meses de esos ocho años de reclusion.

Mat. Como que ya tengo veinticinco.

Mel. Es la edad mas florida: la hermosura no ha perdido todavía nada de su esplendor, y el entendimiento ha ganado mucho.

Mar. Esa es la reflexion que yo hago, y me sirve de gran consuelo; porque, amigo, es una cosa terrible esto de envejecer. Felizmente aun estamos muy

distantes una y otra de semejante fastidio; como que somos de una misma edad.

at. (*Sonriéndose.*) Eso por decontado.

el. Debe ser de poco tiempo á esta parte, porque yo me acuerdo que antiguamente una de ustedes le llevaba seis años á la otra.

at. Como mi prima tiene tanto miedo á la vejez, aunque está lejos el enemigo, empieza ya á tocar retirada.

el. (*Riéndose.*) Eso mismo. No se puede espresar mejor.

ar. (*Aparte.*) Todas sus malicias le caen en gracia; asi es que ella no se detiene. (*En alto.*) Si todas fuéramos á decir lo que pensamos...

at. Qué dirias?

ar. Que mas vale quitarse algunos años que no hacer lo que algunas mugeres, que por decir un chiste sacrifican á las personas mas allegadas. Tal deseo tienen de agradar!

el. (*Mirando á Matilde.*) Sí, pero otras agradan sin hacer esfuerzo ninguno para conseguirlo.

ar. (*Aparte.*) Se acabó: Matilde es ahora la que priva. (*En voz alta.*) Agradan porque tienen el arte de alimentar las esperanzas de todos.

at. Á ninguna le pesa de ser bonita, ni de parecer amable: por eso nos componemos tanto y estudiamos bien el papel que hemos de representar. Todo contribuye á la diversion. Si alguno cae en la ratonera y concibe esperanzas, con su pan se lo coma; yo no he prometido á nadie que le he de corresponder.

ar. Pero es Matilde la que habla asi!

el. Ciertamente. Qué estraño es que una dama de su mérito aspire á lucir, á escitar la envidia, la admiracion?

Mar. (*Aparte.*) El uno se ha vuelto fatuo y la ot
presumida: Dios los cria y ellos se juntan.

Mat. Haciendo locuras se pasa la vida. Esta noche te
go tres bailes, y pienso ir á todos. El último se ac
bará al amanecer. Luego apenas me queda una ho
para dar un paseo. Mi marido me ha regalado u
carretela preciosa. Tambien es preciso dormir u
poco y almorzar. Despues la vida perdurable, el t
cador. Asi es que siempre llego tarde á todas pa
tes, aunque esto no importa mucho; al contrari
el gran tono es llegar cuando todo se está acaban
do. Luego corre la voz, y dicen: sino la dejan v
vir; es una fortuna que la veamos un instant
acuden tantos al reclamo, y algunos son tan pl
mos! Digo bien, amigo Melcur?

Mel. Perfectamente.

Mat. Sí, fiestas, diversiones, gente, movimiento, b
llicio: esto es lo que me da la vida; sin esto n
puedo pasar: un torrente que arrebate mis año
que no me deje pensar en otra cosa: pero cómo es
tan siempre todos los bailes tan concurridos, toda
las tertulias tan animadas? Pues qué, son tanta
las gentes que procuran aturdirse, desterrar algu-
nas ideas y olvidarse de lo pasado?

Mel. Qué decis, señora!

Mat. (*Con una sonrisa amarga.*) Nada; que esta no-
che iremos todos al baile, y nos divertiremos mu-
chísimo.

Mar. Ya está aqui tu esposo.

ESCENA II.

DICHOS. FORESTIÉ.

r. (*A Melcur, con sequedad.*) Felices, señor de Melcur. (*A la marquesa.*) Os saludo, hermosa primita. (*Mirando á Matilde.*) Muy bien: eso me gusta: eso se llama una eleganta. Por fin os habeis decidido á poneros vuestros diamantes, á presentaros como una muger que tiene doscientos mil francos de renta y un marido que no le niega nada. Casi siempre os ataviais con tanta sencillez, que parece que yo no soy rico, ó que soy avaro, y gracias á Dios, el dinero no escasea.

t. Vuestra generosidad para con mi padre y conmigo no tiene término.

r. Vuestro padre quiere vivir en el campo, y le he alojado como un príncipe en una magnífica posesion que tengo á doce leguas de París. Vos concurrís ahora á todas partes, y quiero que os presenteis con el mayor lujo, y que digan: quién es esa que lleva unos diamantes tan soberbios? unos caballos tan hermosos...? La de Forestié; la muger del baron Forestié; porque habeis de saber que acabo de titular; he querido dar ese chasco á mi muger, y esta noche en el baile entrará un criado á avisar: mi señora la baronesa de Forestié. Qué tal? Esto no desagrada.

l. Desagradar un título? No por cierto. Y mas cuando son tan dificiles de conseguir!

r. (*A Matilde, que se ha sonreido.*) Vos tambien celebrais los chistes de este caballero? Os burlais de mis tonterías? Os oponeis á mi gusto?

Mat. Yo, señor? Ah! Nunca.

For. En las cosas de importancia ya sé yo que no; aun en las pequeñas soleis complacerme bastante

Mar. En las grandes y en las pequeñas? Pues es *non plus ultra* de la sumision femenina. No sé qué os quejais.

For. Bueno, pero no hay duda en que mi muger ti ne antipatía á todas las personas que á mí me gradan, y se prenda de todas las que me repugna

Mat. Como no hableis de la pobre Fani, á quien rec bí por doncella hace tres meses!

Mar. Yo fui la primera que te dije que no conve que esa muchacha estuviese en tu casa.

Mat. Qué quieres? Hacia un siglo que no sabia de el cuando se me presentó una noche contándome desgracias. Le ofrecí un asilo que aceptó; y á verdad tuve la imprudencia de no consultarlo c Forestié; pero aunque este al principio no le p nia muy buena cara, despues me pareció que iba cobrando ya algun afecto.

Mar. (*Mirando con malicia á Forestié.*) A mí tambi me lo pareció.

For. No es eso de lo que se trata.

Mat. Pues de qué?

For. De otras personas, de Carlos Darbel, p ejemplo.

Mat. De Carlos Darbel?

Mar. Le habeis tomado un cariño tan particular!

For. Y mi muger un odio tan estraño! Mirad, cua do pensaba retirarme enteramente del comerci murió un amigo mio con quien tenia pendiente negocio muy importante, y dejó por heredero un sobrino suyo, que es este Carlos Darbel, á qui yo no conocia.

el. El cual anocheció pobre y amaneció rico.

or. Seguramente; pero es tan inocenton y hombre de bien, que se puso de todo punto en mis manos, haciendo de mí tal confianza que era imposible dejarle de querer. Sin embargo, como es muy aficionado al estudio y á la soledad me ha costado sumo trabajo conseguir que viniese aqui.

el. (*Con ironía.*) Oiga!

or. Casi tuve que traerle á la fuerza, de lo cual estoy poco menos que arrepentido, porque Matilde le recibe mal; él lo conoce y le paga en la misma moneda: de suerte que estan siempre diciéndose pullas, y todo esto nada mas que porque yo quiero bien á ese mozo.

el. (*Riéndose.*) Miren qué lance!

r. Con que, Matilde, espero que le tratareis mejor cuando venga esta noche.

at. Esta noche! Y ya estuvo esta mañana.

r. Ha ido á dar un paso por mí, que me interesa mucho.

criado. El señor Darbel.

ESCENA III.

DICHOS. CARLOS.

r. Ó amiguito, ahora mismo estaba yo anunciando vuestra visita á estas damas, y por de pronto sabed que he dispuesto de vos por esta noche: las llevareis al baile, porque yo no puedo ir.

at. (*Con viveza.*) Si Melcur ha quedado en acompañarnos.

r. (*Aparte.*) Dale con Melcur! (*En alto.*) No importa, irán los dos. Pero dejando esto aparte, ami-

go Darbel, espero de vos otra prueba de amistad.

Car. Decid lo que gusteis.

For. Pues señor, lo he ocultado hasta ahora, pero ya es preciso confesarlo: sepan ustedes que me voy á Burdeos.

Mat. A Burdeos!

For. Sí, hija mia; os dije hace tiempo que tendria que ir állá para redondear mis asuntos y poderme retirar del comercio. Vos mostrásteis pocas ganas de acompañarme, con que será menester que yo marche solo esta noche.

Mat. Tan pronto!

For. No puedo pasar por otro punto, pero os doy palabra de que será mi último viaje. Dentro de algunos meses vendré aqui para no volverme á separar de vos, y dar de mano para siempre á toda clase de especulaciones. Entre tanto aun tengo aqui bastantes intereses, y cuento con la bondad de nuestro amigo Darbel para que vele sobre ellos durante mi ausencia, y si fuese menester y quisiere que se venga á vivir á casa...

Mat. (*Con viveza.*) Estais en vuestro juicio!

Mel. (*A la marquesa en voz baja.*) Si no nos vamos de aqui al instante, me parece que lo voy á echar á perder.

Mar. (*En voz baja.*) Yo tampoco puedo contener la risa: lo mejor será dejarlos solos. (*En alto.*) Matilde, falta una hora á lo menos para poder ir al baile, con que voy á aprovecharla.

Mat. Pues adónde vas?

Mar. Haré una visita, y de camino me pasaré por el palacio real á ver si encuentro un par de guantes que no me entren, para esta noche. Es un martirio! todos me vienen bien!

t. Cómpratelos de niña.

r. Asi lo hago; pero si dan tanto de sí...! En bre-
;ando algun tiempo siempre acaban por entrar. Mel-
ur, quereis acompañarme?

. Con mucho gusto.

r. A Dios, señores, pronto daremos la vuelta. *m/ f0*

ESCENA IV.

MATILDE. FORESTIÉ. CARLOS.

. Yo tambien me retiro.

No, esperad un poco. Ya que se presenta la oca-
on, quisiera deciros dos palabras sobre el parti-
ılar.

Sobre qué particular?

Sobre... Ah! No lo he dicho! Pero en fin, ha-
ando en plata, ese señor de Melcur siempre al
dedor vuestro como un moscon... yo bien sé...
ınque por la parte que me toca...

Teneis mas que cerrarle la puerta? Sois el amo
casa, y podeis recibir ó no recibir al que se os
ıtoje. Nunca me he opuesto á vuestra voluntad,
he manifestado el menor deseo... Qué me im-
ɔrta á mí al cabo todo lo que sucede aqui? Mi
ıerte... está echada, y yo sometida... nada temo
i espero en el mundo.

(*Admirado.*) Hola! Qué gerigonza es esa? Cual-
ıiera que os oyese diria que estábais desespera-
ı, que sois la mas infeliz víctima, y yo un hom-
'e cruel y feroz, un Margarito de Borgoña!

Ah! No por Dios! Yo no he dicho nada de eso.

Tal vez la diferencia de edad, de ideas, de edu-
cion, habrá entibiado algo nuestro afecto; pero

yo siempre he deseado vuestra felicidad; y á la ver dad, Matilde (*Con cariño.*), no me parece que ha beis sido tan desgraciada conmigo.

Mat. (*Tambien afectuosamente.*) Desgraciada? No po cierto; sino que de algun tiempo á esta parte n me siento buena, y se sonoce en mi humor, mas n por eso creais que soy ingrata á vuestros beneficio al contrario, confieso que siempre me habeis hecl feliz, y que no tuve razon en lo que os dije ant

For. Acaso el género de vida que habeis adoptado demasiado penoso para vos: esto de retirarse to das las noches tan tarde...! (*A Carlos.*) Como n está acostumbrada...

Car. Qué? No ha podido acostumbrarse en ocho año

For. Cómo en ocho años? Si no hace mas que tr meses que ha soltado los andadores.

Car. Tres meses no mas!

For. Seguramente; y eso porque yo la eché de mar do, que sino...

Car. Es posible, señora? Habeis vivido tanto tiem retirada del mundo?

Mat. (*Queriendo cortar la conversacion, y sonrién dose.*) Qué tiene eso de estraño? Cuántas muger viven asi, y encuentran en la soledad una dicl que no proporcionan los placeres bulliciosos.

For. Bonita dicha era la vuestra! Figuraos, amig que siendo dueña de un caseron como este, cuy aposentos estan alhajados del modo que sabeis, n era posible sacarla de un tabuquito en donde ha bia almacenado cuantos muebles tenia en su hab tacion antes de casarse, y en donde se estaba l horas muertas dibujando, cantando, siempre mismo, porque el matrimonio la cogió pintando n rices, y yo creo que no pasó adelante; de suer

que debe tener la mejor coleccion de Europa. No digo nada las canciones, todas de la misma fecha, de lo que inferirieis que en materia de bellas artes no es partidaria del progreso.

it. Pero qué le importará nada de eso al señor?

r. Perdonadme, señora; lo oigo con mucho interes.

r. Pues y cuándo salia á paseo! Adónde creeis que iba sola con su niña? A sentarse siempre en un mismo banco de las Tullerías, frente por frente de la casa en que vivia cuando era soltera, calle de Rívoli, número...

it. Ciertamente, nunca se me ocurrió que os podian llamar la atencion semejantes pequeñeces, ni que habriais de recordarlas ahora tan fuera de tiempo.

r. Las recuerdo porque sé muy bien el efecto que una vida tan melancólica produjo en vos.

r. (*Con viveza.*) Qué efecto? Qué sucedió?

it. Nada, qué habia de suceder?

r. No fue gran cosa! Que hace tres meses me la trageron desmayada de las Tullerías, y por poco se me va.

r. Hace tres meses? De las Tullerías? (*Aparte.*) Cuando me volvió á ver!

r. Ya estaba ella malucha; pero como nunca se quejaba, yo no habia hecho alto en ello. Su prima fue quien me lo advirtió, y conocí que aquella vida solitaria y monótona no era propia de su edad ni de nuestra situacion: unas personas ricas como nosotros sin tratar ni ver á nadie en todo el dia; y yo que me habia casado para divertirme! No hay mas sino que salia condenado en las costas.

r. Pero esa enfermedad...?

it. Si no fue nada: unos bahídos que me daban; sino que como Forestié es tan ponderativo...!

For. Gracias á que cerré herméticamente la puer de la celda, y decreté para en adelante placeres distracciones. Acerca de esto debo decir en hon de la verdad que he sido bien obedecido. Porq bendito sea Dios! ahora corremos tras de las dive siones con tal ansia, que mas parece ramo de lo cura que otra cosa. Sin embargo, no me quejar sino fuera porque ya se murmura de la afectacio con que cierto fatuo os persigue dia y noche y vamos, hasta vuestra prima tiene trazas de reser tirse: ella sabrá por qué.

Mat. Pero cómo podia yo figurarme que me habiais colgar ese milagro!

For. Ya veis! lo que me han dicho ahora, me ha r cordado nuestro casamiento...

Mat. Qué decis?

For. Antes de que me conociérais iba ya á vuest casa Melcur; parece que tratábais de casaros co un jóven del cual no hemos vuelto á hablar, y cu yo nombre ignoro.

Mat. Si me lo hubiérais preguntado...

Car. (*Con ironía.*) Cuando se engaña con buen fin...

For. Eso no; Matilde no ha engañado á nadie. Yo fu el que me engañé suponiendo que echaria en olvid unos amores de niña. Pero al verla siempre trist y enferma, y al ver á ese buen amigo dale que da le, luego esta ausencia mia que viene como pedrad en ojo de boticario.

Mat. Señor, esos temores degeneran en ofensas.

For. No es mi intencion agraviaros, amada esposa pero si el que habia de casarse con vos se queda yo me voy...

Mat. Renuncié á él desde el momento en que os dí l mano, y os aseguro que puedo verle sin peligro.

For. Pero si aun os amase...

Mat. Cómo me ha de haber perdonado?

For. Porque no sabrá lo que pasó; pero luego entran las esplicaciones.

Mat. (*Con dignidad.*) A nadie tengo que dar cuentas sino á mi esposo.

For. Viéndose todos los dias es dificil que alguna vez no se nos escape la verdad. Una muger que se ve injustamente acusada, cómo no ha de decir: "Todo eso es falso; la codicia no me torció; hubiera preferido la miseria al lado de mi amante; no he sido pérfida ni infiel; pero mi pobre padre se veía deshonrado; queria matarse, ya tenia la pistola en la mano; la mia no pudo apartarla de sus sienes sino dándose á otro." (*Volviéndose á Carlos.*) Porque efectivamente, amigo mio, esto es al pie de la letra lo que sucedió.

Car. (*Muy conmovido.*) Qué decis! Su padre...!

Mat. Señor, por Dios, por Dios!

For. Pero qué teneis?

Un criado. (*Entrando.*) La silla de posta acaba de llegar, y ahí fuera está un sugeto que quiere hablar con el señor baron antes de que se vaya. Dice que es sobre un negocio muy importante.

For. Ah! sí; ya sé quién es. Que voy allá, y la silla de posta que aguarde. Vuelvo dentro de un momento. (*En voz baja á Carlos.*) Decidle vos tambien lo que mejor os parezca, y haced que me liberte de ese diablo de Melcur.

ESCENA V.

MATILDE. CARLOS.

Mat. (*Aparte.*) A solas con él! Huyamos!

Car. Matilde! os vais? me dejais asi?

Mat. A Dios!

Car. Esperad; no habeis de iros. Sabreis lo que encierra mi corazon, y que lejos de apagarse la llama..

Mat. (*Agitada y reprimiéndose.*) Silencio!

Car. Despues de ocho años de martirio me habeis de oir

Mat. No puedo... No quiero oir nada. Lo pasado... Ya no me acuerdo. No hablemos mas, no hablemos nunca de lo pasado. Carlos Darbel es un amigo de mi esposo; por eso le recibo en mi casa; por eso le veo... Si dijera una palabra tendria que huir de él.

Car. Ah! Por qué le temeis tanto!

Mat. (*Afectando serenidad.*) Yo? temerle? De qué inferís eso?

Car. Si os veo tan turbada! tan inquieta!

Mat. Qué locura! Yo inquieta! Al contrario, estoy muy tranquila, muy sosegada; por qué no lo habia de estar...? En otro tiempo... no digo... una muchacha soltera puede figurarse... sentir... Pero una muger casada que sabe cuáles son sus obligaciones, que es imposible faltar á ellas; que una mirada, un suspiro pueden resucitar esperanzas; que una sola espresion...

Car. Matilde! basta ya!

Mat. Soy acaso libre? No tengo un marido á quien debo estar agradecida, á quien debo estimar? Lo que es amar, á ninguno. A quién he de amar yo?

Car. A quién? En vano procurais engañaros vos misma.

Mat. Yo procuro?

Car. No conoceis, Matilde, que hay palabras que no basta pronunciar? Eso que quereis ocultarme no acabo de descubrirlo? Lo que estais esperimentando no lo esperimento yo?

t. Pero si no es cierto, si...

r. Ah! Demasiado me ha hecho padecer mi error durante ocho años...! Quiero saber ya la verdad, oirla de boca de Matilde.

t. De mi boca...? Jamas!

r. Por Dios! Concédeme esta gracia! A mí que te amaba tanto aun creyéndote infiel y perjura! Repíteme que nunca has dejado de amarme. (*Matilde quiere impedirle que hable, y él le coge la mano.*) Esas lágrimas derramadas durante tantos años, esta mano que tiembla entre las mias, esa turbacion, ese silencio, todo, en fin, no lo dice?

it. Dejadme pues callarlo.

r. Acaso mi vida entera no depende de Matilde? No me dió ella en otro tiempo toda su alma? Un corazon como el suyo puede amar dos veces? Ah! No. A mí era á quien echaba siempre de menos. Por mí era por quien lloraba. Yo soy aquel á quien ama todavía: es imposible dudarlo... pero hablad por Dios, señora.

it. Yo? No; dejadme, dejadme; y pues nada puedo revelaros, ni nada puedo encubriros, á Dios.

r. (*Apartándose.*) Alguno llega.

it. Es Fani.

ESCENA VI.

FANI. MATILDE. CARLOS.

ini. Perdonadme, señora, creí que estabais sola; pero ya me voy.

at. Teniais algo que decirme, Fani? Pero, Dios mio, qué os sucede, qué turbacion tan grande es esa?

ini. Ay, señora, con mucho menos motivo... pero...

en fin, os vengo á decir que es preciso que yo
vaya de vuestra casa.

Mat. Que os vayais de mi casa?

Fani. Sí señora; no puedo permanecer aqui m
tiempo.

Mat. Ah! Ya sé lo que es: os he reñido mucho est
dias; y sin razon, es verdad? pero no hagais ca
de eso, Fani: yo me enmendaré.

Car. Es un angel! (*Aparte.*)

Fani. Es imposible que yo deje de irme.

Mat. Cómo! Fani, aun me guardais rencor?

Fani. Yo guardaros rencor, señora, cuando se m
parte el alma, y no ceso de llorar pensando q
tengo que separarme de vos...!

Mat. Y por qué teneis que separaros? Qué desgrac
os sucede?

Fani. No es á mí solamente á quien pudiera suc
der una desgracia si yo no me fuese.

Mat. Pues á quién mas?

Fani. A vos, señora.

Mat. A mí!

Car. A esta señora! qué decis, amiga? Ah! Declarad
lo pronto.

Fani. Si es que no me atrevo.

Mat. (*Sonriéndose.*) No temais nada, Fani; bien po-
deis hablar delante de este caballero; es un amig
que se interesa por mí.

Fani. Pues en ese caso yo os lo diré todo. Siend
tan buena como sois... lo que hay es que e
señor...

Mat. El señor...!

Fani. Sí señora, vuestro esposo. Hace mucho tiemp
que me conoce, y por eso no queria yo quedarme
á servir en esta casa. En otro tiempo me dijo que

e casaria conmigo, pero luego me plantó por casarse con vos. Ya se ve, era cosa natural...

t. Qué oigo!

ni. Y lo peor es que ahora... yo no sé... dice que no es feliz, y... como me tiene tan á la mano...

r. Ah!

ni. Con que es preciso que yo me vaya...

t. Bien está, Fani, dejadnos solos.

ni. Qué, señora, os habeis enojado?

t. No por cierto, hija mia; todo lo contrario: sois una jóven honrada, y que mereceis mejor suerte; pero idos ahora de aqui, despues hablaremos.

ESCENA VII.

MATILDE. CARLOS.

t. (*Despechada.*) Tantos sacrificios! Haberme resignado á este cruel matrimonio, y verme engañada! Por quién... Huir de lo que uno ama! sepultar en su corazon un secreto que nos asesina!

r. (*Con amarga ironía.*) Vos no estais en ese caso: á nadie amais, segun decis.

t. Yo!

r. Nunca habeis padecido nada.

t. Dios mio!

r. Nunca os ha pesado de lo hecho.

t. Ah! No me ostigueis, por Dios! os descubriria á pesar mio lo que quiero ocultar. Sabríais que hay aqui (*Señalando su corazon.*) un peso, un dolór tan terrible!

r. Cómo? Si os es todo indiferente.

t. Este tormento interior continuado tantos años...!

r. Sois tan feliz!

Mat. Ya no es posible resistir mas!

Car. Ni os acordábais de nuestro amor.

Mat. No me acordaba! Yo, que por poco cedo á
desesperacion! que he agotado mis fuerzas, mi
lud, mi vida en esta lucha cruel! creyéndom
veces culpada, otras inocente y virtuosa! Mir
Carlos, á los principios de mi matrimonio, cua
vi el honor de mi padre puesto en salvo, y su
jez dichosa y tranquila, tuve bastantes ánimos.
sido una noble accion, me decia á mí mism
Bien cara me costó!

Car. Y viviais aislada, despreciando esa opulencia
comprásteis á tanto precio!

Mat. Cuando estaba sola en mi cuarto, rodeada de
objetos que nos habian visto juntos, se me fig
raba que os volvia á ver...! Yo os hablaba, yo
oía... y la vida se me hacia aun llevadera. Pero d
pues... cuando me hallé aqui, en medio de tan
lujo, cubierta de diamantes la frente... Ah! E
tonces empecé á padecer. Mi corazon se sentia opr
mido; me avergonzaba, me parecia que habia ven
dido vuestro amor por toda esta riqueza, y... cre
enteramente que iba á morir!

Car. Mi querida Matilde! Ah! Bien lo ves: tú er
mi dicha, mi tesoro: tú me perteneces! Cuando es
tabamos separados viviamos de los mismos pen
samientos, de las mismas penas; si tú padecias, y
padecia; si tú llorabas, yo lloraba. Ni hemos goza-
do de ninguna felicidad sino cuando hemos estad
juntos. Lágrimas, alegría, placer, desesperacion
todo es comun para nosotros! Tu vida y mi vid
son una misma cosa; separarnos es imposible! T
me perteneces.

Mat. Qué decis!

No creas que habiéndote hallado me he de es-
ner segunda vez á perderte. No pienses en nue-
s sacrificios. El primero le ofreciste á la ternura
ial; éste, á quién se le harias? A un hombre
ie halla al momento con quien reemplazarte? Ah!
on quién te reemplazaria yo?

Hay ciertas ideas que es preciso alejar de nosotros:
medio de tantas desdichas y tentaciones, el amor
iede perder á una muger.

Puede salvarla de la soledad, de la tristeza, de
desesperacion.

Carlos, silencio!

Déjame suplicarte de rodillas... pedirte mi feli-
cidad, mi vida, que dependen solo de tí.

Pero no ves, infeliz, que puedo darte oidos, amar-
mas que á mi decoro... mas que á todo en este
undo?

Ah! No lo harás, no; me dejarás morir de pena;
i me quieres, ni me has querido.

. No le quiero!

No te deberé mi felicidad.

. Su felicidad!

La única que existe para mí!

. Feliz...! Sería feliz...!

. Mil veces mas que pudiera pensarse!

. Dios mio! Perdonadme, ó dadme fuerzas para
esistirle! Sí, Carlos, te quiero.

. Matilde mia!

. (*Desde adentro.*) José, habeis dicho á la señora
ue deseo hablarla?

criado. (*Entrando.*) Señora, el amo está acaban-
lo de arreglar sus cosas para marchar, y desea veros.

t. Voy allá. (*El criado vase.*) Carlos, idos por un
nomento.

Car. Pero os volveré á ver?

Mat. Sí... muy pronto.

Car. Para no separarnos nunca...?

Mat. Puede ser. Idos, Carlos, idos.

Car. Qué felicidad!

ESCENA VIII.

MATILDE.

Sí, le quiero; pero no seré pérfida ni villana: si n tengo fuerzas para resistir al amor, las tendré pa ra descubrir mi delirio. Mi marido sabrá la ver dad; se la voy á confesar ahora mismo, y si e mundo y él me maldicen, todo lo sufriré por Carlos

ESCENA IX.

FORESTIÉ. MATILDE.

For. Pero no quereis verme un momento antes d que me ausente?

Mat. Al contrario, señor, ahora iba á buscaros; queria deciros... Sí, es preciso, es indispensable qu hablemos, que os confiese una cosa...

For. Enhorabuena; pero primero decidme: habeis sentido mucho lo que se me escapó antes?

Mat. Qué fue?

For. Lo que os dije delante de Carlos Darbel: estuve un poco imprudente.

Mat. No tal... Por qué?

For. Mirad, amiga, me temo que á pesar de nuestra opulencia no seais feliz, aunque vos nunca me lo habeis dicho, como sois tan buena, tan virtuosa!

(*Aparte.*) No hay remedio, es preciso hablar.
De todos modos no conviene que vuestro padre,
ie os bendice noche y dia, sépa que llorais; ten-
ia una gran pesadumbre.
Mi padre!
Mañana por la mañana le veré, y pasaré en su
mpañía algunas horas. Teneis algun encargo que
rme para él?
(*Aparte.*) Ah! si llegara á saber... qué diria! Mi
bre padre!
No atendeis á lo que digo. Y nuestra hija, nues-
ı Luisita? La cuidareis mucho durante mi au-
ıcia?
Hija de mi alma!
Pobre mugercita!
Este invierno he tenido muy poco cuidado de
a.
Sí... los bailes, las diversiones ocupan tanto
mpo... Pero sois una buena madre, Matilde; y
go, la chica es tan guapa...! Vuestro retrato en-
amente. Ha de ser muy linda!
Hija mia! Cuál será su suerte?
Cuál será? Hacerse una moza de provecho, y
e no se quedará sin casar; no tengais cuidado.
ıica heredera de unas personas tan ricas, tan
reciadas...! Porque, amiga, el ser apreciado vale
ıcho; la probidad del padre y las virtudes de la
ıdre recomiendan en todo tiempo á los hijos.
Ay de mí!
Apenas me respondeis; estais pensando en otra
sa. Queriais hablarme? De qué? Vamos, qué te-
ais que decirme?
Sí... queria... pero... si ya no sé verdaderamente...
Vamos á ver, de qué se trata?

Mat. (*Muy turbada.*) De qué se trata...? de mi padr
de mi hija... No es asi?

For. (*Mirándola con admiracian.*) De todos
sotros, que os amamos con la mayor ternura
que podemos ser felices con tal que os veamos c
tenta.

Mat. (*Cogiéndole la mano.*) Repetidme eso que
beis dicho.

For. Para qué?

Mat. Habladme de mi hija, de mi padre, de mis
beres, de vos...

For. Qué necesidad hay de eso? Si hace un mome
trage á la memoria lo pasado y os manifesté al
na desconfianza, perdonadme. A la verdad me c
tristo pensando que no acierto á agradaros. L
ese desvío con que me tratais á veces, me ha
hecho quizá incurrir en alguna falta, daros al
disgusto...

Mat. Señor...!

For. Os pido nuevamente que me perdoneis. Mi
cuando los casados se quieren, la muger puede
tar segura de no ser desgraciada, y el marido de
hacer un papel ridículo; lo que no deja de ser a

Mat. Dios mio!

For. Ya sabeis cómo yo soy. Un hombre bastante
teligente cuando se trata de negocios, y de co
reales y efectivas; pero incapaz de penetrar en
corazon de una muger, y de comprender sus de
cadezas. Tal vez os habré afligido y perturbado
mis sospechas, mas no por eso dejo de amaros y
estimar vuestra virtud, y en prueba de ello
vais á quedar sola en París durante algunos mes

Mat. Yo? Quedarme sola!

For. Sin duda, os dejo con sentimiento, pero

emor; con que asi ya me podeis revelar ese gran
creto.
. ([redacted]e.) Ah! Nunca le sabreis.
. Por qué razon? Pues qué era?
. Nada; un antojo insensato.
. (*Aparte.*) Qué [redacted] será [redacted]?

ESCENA X.

DICHOS. LA MARQUESA. MELCUR.

. Se nos ha pasado la hora; quiere decir que lleremos algo tarde á la funcion; pero es verdad que nos han asegurado de tu padre?
Si os dije yo tambien que era verdad, por qué poneis en duda?
De mi padre?
Un nuevo favor que deberá nuestra familia á tu poso.
Pues qué?
Otro chasco; pero yo no queria que lo supiesen tedes hasta despues de mi partida.
Ah! Decidlo.
Nada; que vuestro padre se fastidiaba un poco de vida campestre, y no queria sin embargo venir París como un particular.
Creía que la patria, á quien habia servido tantos os con honor, no deberia haberle olvidado.
Pero la patria es un poco flaca de memoria, y cesita á veces que se le den algunas pasas; con e el señor baron se encargó de hacerlo.
Y de qué modo...?
Recordando los servicios del general, su nombre rioso en la guerra, é irreprensible en los demas

4

negocios. Con que no solo vuelve al ejército, s que mandará una division.

Mat. No os cansais de favorecernos.

For. Quiero hacer la dicha de todas las personas amais. (*A media voz.*) Y no he de poder prop cionaros á vos ninguna satisfaccion verdadera?

Mat. (*Como tomando una resolucion.*) Sí: bien pod Me dais palabra de hacer lo que os pida?

For. Os la doy.

ESCENA XI.

CARLOS. DICHOS.

Carlos parece pesaroso de encontrar alli ta gente.

For. (*Yendo hácia él.*) Venid, amigo mio. Quiero pedirme de vos, y encargaros otra vez á mi esp

Mel. Á él!

Mar. No deciais esta mañana que eran enemigos?

For. Esta mañana lo serían, pero ya no lo son.

Mar. Ah!

Mel. (*A Carlos.*) Habeis podido hablar despacio esta señora?

Car. Sí... algo hemos hablado.

For. Ciertamente: como que yo encargué al señor defensa de mi pleito.

Mel. (*Aparte.*) Y es claro que no habrá perdido el yo. (*En voz alta.*) Pues señor, divinamente!

Mat. (*Que ha estado escuchando con la mayor at cion, dice en tono grave y lleno de dignidad.*) amigo Melcur, divinamente. Porque ya sé los ri gos á que se espone una muger cuando se aband á los impulsos de su corazon. Sé que á pesar de

icio y honestidad, iría tal vez mas lejos de lo que
uisiera, y que hay ciertas victorias que no se
ueden conseguir sino huyendo.
(*Aparte.*) Qué dice?
(*A Carlos en voz baja, indicando á Melcur.*) Qué
parece de la píldora? No se ha llevado mal chas-
el pobrecito!
El diablo me lleve si yo acabo de entender á las
ugeres.
No es muy facil entenderlas. Los hombres las
lumnian en muchas ocasiones, las critican siem-
e, y asi, desconocidas y desanimadas, suelen ser
biles y acaban por ser criminales. Cuando se ven
reciadas y queridas hallan en sí fuerzas para ha-
los mayores sacrificios, pero todo su denuedo
ide en su corazon! Amado Forestié, teneis una
mpañera de viaje.
Cómo! Señora!
Sí, me voy con vos á Burdeos.
De veras? Ó qué felicidad!
(*Aparte.*) Cielos!
Parecerá un rapto. En medio del invierno! Es
mayor locura!
Es la mayor prudencia!
(*A Carlos, apretándole la mano.*) Ó amigo, solo
os debo esta dicha. Con qué podré pagaros jamas!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el primero, con los mism
adornos y muebles.

ESCENA PRIMERA.

FANI. MELCUR.

Mel. Se puede ver á mi señora la baronesa?

Fani. No tardará en salir: si teneis la bondad de e
peraros un instante...

Mel. Nunca ha sido mas dificil verla que desde que
enviudado.

Fani. Como la señorita Luisa no tiene otros maestr
que su madre, estan ocupadas lo mas del tiem
con las lecciones, y ahora mismo sucede...

Mel. Poco tiempo durará ya eso, porque despues
casada la baronesa con su Carlos, será menest
que arrincone la caña.

Fani. Hoy se firman las capitulaciones, y por eso
tenido tanto empeño la señora en perfeccionar
educacion de su hija antes de que llegase este pla

Mel. Luisita cumplirá pronto diez y seis años, y
una jóven preciosa.

Fani. Y su madre es tan buena, que yo creo que ta
to porque nada la distragese de educar á su hi

como por el bien parecer, no ha permitido que el señor Carlos pusiese los pies en esta casa durante el año de luto; mas hoy que ya se habia dado contraorden á la centinela, yo os aseguro que ha madrugado: á las siete de la mañana ya estaba aqui.

l. Bueno fuera que no tuviese prisa un hombre que está esperando hace diez y siete años.

ni. Pues la señora tambien habia barruntado su visita, porque anoche se estuvo disponiendo este cuarto del modo que veis. No os acordais de nada, señor de Melcur? md: pta + 4.

ESCENA II.

DICHOS. MATILDE, *que ha oido la última frase.*

t. Cómo? No os acordais, amigo Melcur? (*Fani se retira.*) Estamos en el mismo aposento en que vi á Carlos la primera vez; aqui le recibia cuando estaba soltera; hasta los muebles son los mismos que entonces: esta es la mesa en que dibujaba á su lado; este el escritorio que servia para nuestra correspondencia. En algun tiempo destiné todos estos trastos para adornar una celdita que mi marido mandó cerrar á piedra y lodo.

l. Y esta mañana cuando vino Carlos, lo encontró todo en el mismo estado que antes, y juntamente el corazon de Matilde. Dichoso él una y mil veces!

t. Su alegría ha resucitado en mí la que esperimentaba cuando era muchacha; á los dos nos parecia que estos años que hemos estado separados habian sido una especie de pesadilla, y que al despertar nos hallábamos en el paraiso.

l. Justo es que la virtud se vea premiada alguna vez en la tierra.

Mat. Las desgracias pasadas aumentan la felicid presente. Lo que antes era para mí un motivo pena, ahora lo es de placer. Veis esta carta? Pu es una de las que escribí á Carlos cuando para sa var á mi padre prometí casarme con Forestié. L otras las rompí porque no me contentaban, y cabo tampoco pude entregarle esta. Ignoró lar tiempo mi compromiso, y me creyó culpable! Aq está; quiero guardarla: era tan desgraciada cuan la escribí, y ahora tengo tanto gusto en leerl Aqui estan todas las cartas de mis amigos... las mi padre... las de mi hija, durante los dos me que estuvimos separadas, ahora hace un año.

Mel. Cuando murió vuestro esposo de aquella enfe medad contagiosa, y no os apartásteis de su lad aunque temiendo que se comunicase á vuestra hi la hicisteis salir de casa.

Mat. Nunca ha estado Luisa separada de mí sino en tonces. Mi prima Albertina, que por mas que diga tiene buen corazon...

Mel. Sí, se encargó de vuestra hija, y no fue poca n vedad para ella hacer el papel de madre.

Mat. Luisa lo pasó perfectamente en su compañía du rante aquella temporada, y la tomó tanto cariñ que es por demas. (*Guarda los papeles en el es critorio.*) Todas estas cartas viejas forman una es pecie de inventario de lo pasado.

Mel. Dichoso el que como vos no halla en ese inven tario nada que le avergüence ni que escite sus re mordimientos!

Mat. Me parece que oigo la voz de mi prima.

Mel. No os engañais: ella es.

ESCENA III.

LA MARQUESA. DICHOS.

ar. Gracias á Dios que te echo la vista encima! Dos veces estuve ayer á buscarte y no encontré mas que á tu hija, á mi querida Luisa. Qué decis de esa muchacha, amigo Melcur? Se puede dar una criatura mas amable? No se descubre en ella cierto barniz como de haber estado un par de meses junto á mí?

el. En cuanto á eso me parece que os engaña la modestia.

ar. Y qué hace ahora?

at. No andará muy lejos, y en sabiendo que tú estás aqui, verás qué pronto se nos pone delante. No hay duda, te quiere mucho, y te está muy agradecida por el tiempo que pasó contigo.

ar. Es que si hemos de hablar con franqueza, se divertia mucho mas que en tu casa. Yo la oculté todo el tiempo que pude el estado en que se hallaba su padre, y cada dia inventaba alguna funcion para distraerla. Pero volviendo á tí, Matilde, qué ocupaciones tan grandes tienes ahora? Nunca se te puede ver.

Mat. Qué quieres? En unos dias como estos, siempre hay mil cosas que arreglar.

Mar. Es que mas valiera que estos dias no hubieran llegado hasta que yo hubiese hablado contigo.

Mat. Por qué razon?

Mel. Sin duda mi señora la marquesa hubiera querido dar su voto sobre todos los preparativos de la boda.

Mat. La mia no es boda de aparato.

Mar. Estan ustedes á ciento cincuenta leguas de verdad. Mas voy á decirlo todo, aunque sea d lante del buen Melcur. Al cabo es amigo.

Mel. Me lisonjeo de que vuestra prima no dudará eso.

Mar. Ni yo de lo contrario, pero en el mundo llaman amigos todos los que no nos tiran á ba roja. Con que (*Dando la mano á Melcur.*), ami gos del alma.

Mel. (*Riéndose.*) Sí, sí, por mar y por tierra.

Mar. Pues vamos al hecho. Matilde, si yo fuera qu tú no me casaria con Carlos.

Mat. No te casarias?

Mar. Ya sé que le quieres mucho, y que lo merec porque tiene escelentes prendas, y una figura ga llarda, con la particularidad de que no envejec pues ninguno le daria arriba de veinte y cinco años

Mat. (*Sonriéndose.*) Y por todos esos motivos no de bo casarme con él?

Mar. No digo eso... pero... en fin, tendrás valor par oir la verdad?

Mat. Veremos... esplícate.

Mar. Pues mira, tengo mis razones para creer que quiere á otra mas que á tí.

Mat. Cielos! Será posible?

Mel. No señora, no puede ser; si esta mañana mismo...

Mat. (*Serenándose un poco.*) Es cierto; esta mañana me repitió que nuestro casamiento haria su felicidad.

Mar. De modo que... efectivamente, Carlos cree comprometido su honor, y se casará contigo si tú te empeñas en ello; pero en el fondo de su alma tiene otra pasion... una pasion tan verdadera como desgraciada!

at. Pero Albertina! Sabes tú lo que dices? Sabes que solo con una palabra vas á destruir mi existencia? Que no sobrevivire á la pérdida de Carlos? Que ciertamente moriré de dolor?

el. Todo esto no puede ser mas que una equivocacion. Qué muger habrá en el mundo que sea para él preferible á Matilde?

at. Y si la hay, no se gozarán. Sus juramentos son mios. Hoy nos uniremos para siempre, y ella no le volverá á ver. No se recreará con mis tormentos.

ar. Y quién te ha dicho que piensa en tal cosa? No por cierto: él se ha enamorado porque ha querido, pero ella no ha puesto nada de su casa para lograrlo. Mas te digo, le mira con indiferencia.

at. Pues ya ves; cómo no ha de quererme mas á mí, á mí, que le amo tanto?

ar. Al principio creí que me buscaba solo para hablarme de tí...

at. (*Admirada.*) Que te buscaba...? (*Riéndose.*) Calla! Con que eres tú la dichosa?

ar. Qué tiene eso de estraño ni de risible...? Las dos somos viudas, y... yo soy mas jóven que tú.

at. Mas jóven...!

el. (*Sonriéndose.*) Sin duda. Cómo no habia de llegar á suceder esto?

ar. Idos á freir espárragos. Pues amiga, hazte cuenta que Carlos no se apartaba de mí; y como tú le habias prohibido que te visitase, te aseguro que me daba compasion. Con este motivo procuraba consolarle, pintándole lo mucho que te amaba tu esposo, lo feliz que eras: nada de esto le caía en gracia. Pero en fin, como de todo se cansa uno en este mundo, él se cansó de estar triste y se puso alegre. Al principio no tanto, despues algo mas,

luego lo mismo que unas castañuelas. Hablaba esperanzas, de felicidad futura. Trataba de agr darme en todo; y ya sabes qué arisco se habia vu to desde que tú le diste calabazas. Sin embarg aunque me hacia mil carocas nunca me confesa su amor. Unicamente un dia me dijo que tenia q descubrirme un secreto que era de la mayor im portancia para él. Aquel mismo dia supimos la mue te de tu esposo; tú ya eras libre, con que no n volvió á hablar palabra. De lo que infiero... Pe quién viene aqui? Es Luisa!

ESCENA IV.

DICHOS. LUISA.

Lui. Mamá, mamá, si supieras todo lo que estan des cargando allá abajo!

Mat. Qué dices?

Lui. (*Abrazando á la marquesa.*) Querida tia...! (*A Melcur.*) Felices, señor de Melcur.

Mar. Y qué es lo que traen?

Lui. Unas cosas tan bellas! Dicen que son los regalos de boda. Pero quién se casa?

Mel. Vuestra madre, señorita.

Lui. (*Como apesadumbrada.*) Ah! madre! (*Echándose en sus brazos.*) Siempre me amareis...! Nunca os separareis de mí?

Mat. Yo separarme de tí, Luisa mia! No ves que es imposible? Cuando era desgraciada, la dulce voz de mi hija bastaba para consolarme, y ahora que me toca ser feliz te habia de echar en olvido? No, hija mia, no!

Lui. Siendo asi, qué dicha, mamá mia! Seremos dos que te amaremos á cual mas.

r. Qué graciosa es!
t. Aunque estoy segura de que el enlace que voy contraer no disminuirá tu felicidad ni el estremo con que te amo, con todo, tenia alguna repugnancia en hablarte de él. Pero ya, Luisa mia, no quiero ocultarte nada: te voy á descubrir todos los ecretos de mi corazon. Ya no eres una niña, y á mí me toca informarte de lo que has ignorado hasa ahora.
. Ay, mamá, que contenta estoy! Viendo vuestra elicidad, me parece que se va á aumentar la mia: a sabes que nunca he podido reir ni llorar sino uando tú hacias lo mismo. Mamá, yo tambien teno un secreto que revelarte.
t. Quién! tú?
. Marquesa, el onceno no estorbar: quereis que emos una vuelta por el jardin? Os ofrezco mi razo.
t. Pero...
. Pronto daremos la vuelta.
r. He creido deber decirte lo que me parece que es erdad; si me hubiese equivocado...
t. No me has ofendido en eso.

ESCENA V.

LUISA. MATILDE.

t. (*Aparte.*) No me ha ofendido porque lo tengo por una falsedad, y sin embargo no me ha dado gana de reir.
í. Ya está pensando en las musarañas, y ni se acuerda de que yo estoy á su lado. Válgame Dios! lo que es una novia!

Mat. No decias que me querias confiar un secreto?

Lui. Sí, pero no corre prisa: hablemos antes d matrimonio.

Mat. Pues ven aqui, hija mia. (*Se sienta, y tam Luisa en otra silla mas baja al lado suyo.*)

Lui. Qué bien estamos asi! Mira, mamita, no pi ses que me he de separar de tí jamas, porque a que supiese prenderme á tu vestido con alfileres

Mat. No habrá necesidad de eso; pero atiende, mia. En este año que hemos pasado juntas has c cido, te has formado, y tu razon se ha anticip á tu edad. Al principio confieso que me asu verte pasar tan pronto de la petulancia de niña á la seriedad y timidez de una jóven, p tal vez será una felicidad. Por lo que á mí h debo decirte que despues de tí á nadie amo ta en este mundo como al hombre con quien me á casar.

Lui. Y cómo es que yo no le he visto nunca?

Mat. Porque á nadie quiero tanto como á tí; de contrario no me hubiera encerrado un año con go solamente para perfeccionar tu educacion. Ah ra veremos mas gentes, y entre las ventajas de nuevo estado, miro como una de las mayores posibilidad de asegurar tu dicha.

Lui. Qué quereis decir con eso?

Mat. Que es preciso pensar en casarte.

Lui. Casarme yo!

Mat. Cuando llegue el caso te daré buenos consejo pero no te violentaré. Creo que los padres no de ben impedir á sus hijas que examinen por sí lo q les conviene, y echarlas en seguida á volar sin q conozcan sus obligaciones y los peligros del mund Al contrario, es preciso que sepan que la virtu

ele ser en él desgraciada, y que la condicion de
s mugeres es tal, que siempre tienen que ha-
r sacrificios, ya sean solteras ó casadas, ya ma-
es ó hijas. Sin embargo, Luisa mia, espero que
vida presentará una escepcion de esta regla, y
e no serás infeliz. Por decontado, tú misma ele-
rás eposo.

Qué, mamá...? Si alguno me agradara... Si yo
nase...

Confio en tu corazon, y sé que no se inclinará
nca á un hombre que no lo merezca.

Dios mio! Qué de dichas nos esperan en este
undo!

Los bienes de fortuna allanan muchas dificulta-
s, y tú serás muy rica.

Cuánto me alegro de eso! Pero no por mí.

Pues por quién?

(*Con intencion y alegría.*) Ya hablaremos des-
cio; por ahora me basta saber que podré elegir
que prefiero á todos.

Al que prefieres?

(*Sonriéndose.*) Ó al que prefiera.

Eso sí, porque tú no puedes haber pensado to-
vía en semejantes cosas.

(*Alegremente.*) Sobre que no me hareis hablar.

No conoces á nadie; hace mas de un año que
ha venido ningun jóven á esta casa.

(*Alegre, y haciendo de persona.*) Eso es... yo
conozco á nadie, ni he solido ver gentes... Co-
o que soy todavía una niña...! Tú no te acuerdas,
amá, que el año pasado, durante dos meses, fui
si enteramente dueña de mis acciones; que veía
todas horas á una multitud de jóvenes en los ba-
os de Baden, adonde me llevó mi tia, y en donde

tenia á la verdad mas juicio que ella, porque m
chas veces queria mejor estarme en casa que
hallarme como ella en todas las funciones, sin p
der ninguna.

Mat. Acabáramos... Con que fue en los baños
Baden? Corriente; pero dime lo que hay en
asunto; quiero saberlo todo.

Lui. (*Sonriéndose.*) No te canses, mamá, que
hoy no sabrás nada. Una señora novia no debe d
traerse, ni pensar en otra cosa que en su f
turo. Y por lo tanto, quiero que te pongas de vei
ticinco alfileres.

Mat. Para eso hay tiempo de sobra. Ahora hablen
de tí: lo que me has dicho prueba...

Lui. Pruebe ó no pruebe, haz cuenta que por h
no te he dicho nada. Y los regalos, que todavía
los has visto? Vamos á verlos, y despues te voy
ayudar á vestir.

Mat. Cuánto me consuela tu alegría! Hace tiem
que la echaba de menos, pero no podia faltarn
en un dia como este.

Lui. Ciertamente que no: mi tristeza se ha desvan
cido como por encanto: es un buen pronóstico.

Un criado. (*Entrando.*) Señora, el escribano acal
de llegar.

Mat. Voy allá; que entre en el gabinete. A Dio
Luisa mia, hasta luego. (*El criado se va.*)

Lui. A Dios, mamá. (*Se besan.*)

Mat. (*Saliendo por la puerta de la izquierda.*) E
preciso que yo averigüe este gran secreto.

ESCENA VI.

LUISA.

a sí que estoy contenta! En casándose mamá se
contaré todo *c* por *b*. Sabrá que durante los ba-
s dí mi corazon al mejor, al mas amable de to-
s los hombres. Hace un año que no le veo, pero
que vendrá sin falta, porque me quiere, no ten-
duda en esto. Estábamos en un baile, me vió
r casualidad, y ya no pudo continuar lo que
aba diciendo. Toda la noche no hizo mas que
rarme; y cuando mi tia, de quien era conocido,
ofreció nuestra casa, yo me puse tan alegre, y él
da menos. Al otro dia vino dos horas antes de
que habia dicho, y ya me parecia á mí que tar-
ba. Estaba como turbado, y yo... como avergon-
la. Entonces caí en la cuenta, y conocí que nos
ríamos, porque yo habia oido decir á mi prima
e el amor entra asi. Luego siempre estábamos
tos; y á fé, á fé, que él no hubiera dejado todas
diversiones de Baden por estar en mi compañía,
se hubiera mostrado tan afligido como yo cuan-
nos despedimos, si no me quisiera. Asi es, que
de aquella época ya no me divierte nada de lo
e antes me divertia: ni el piano, ni mi jaquita
taña, ni las muñecas; y no sé por qué motivo
mpre estoy mas triste, y sin embargo soy mas
iz. Qué tonta! Esto es prueba de que vendrá, y
que me quiere.

riado. (*Entrando.*) El señor Carlos Darbel.

ESCENA VII.

LUISA. CARLOS.

Lui. Dios mio! Es él!

Car. Luisita!

Lui. (*Yendo á su encuentro.*) Ya sabia yo que hab de venir, y que hoy era el dia de la felicidad. fin, os vuelvo á ver...! Cuánto os habeis hecho sear...! Un año! No os ha parecido un siglo? Y sin atreverme á hablar á nadie de vos, ni á madre. Pero hoy ya no he podido mas, y le dicho...

Car. Vos! A quién?

Lui. (*Suspensa.*) A mi madre.

Car. Y qué le habeis dicho?

Lui. No sé cómo fue que ella hablaba de mi felicid y yo me acordé al instante de vos.

Car. (*Con ternura.*) Ah! Luisita! Es posible!

Lui. Aun no os he nombrado; pero ya sabe que Baden conocí el año pasado á un hombre á qu echaba de menos á todas horas. Porque en esta ledad en que hemos vivido desde entonces, c mañana se me figuraba que no se pasaria el dia veros, y luego por la noche estaba algunas ve tan triste, que mi madre me decia: pero Luisi qué tienes? Y yo no le respondia, porque hubi sido menester decirle: que no ha venido.

Car. (*Muy conmovido.*) Ah! Yo tampoco os olvidal Luisita...! Vuestra imagen siempre delante de r ojos...!

Lui. Por fin, ya estais aqui, y todas mis penas temores se han acabado. Ya no siento mas que u suma alegría, y cuando mi madre...

A vuestra edad... cree uno posible todo lo que sea...

Carlos... Estais tan conmovido...! Qué teneis?

Pero en llegando á la mia... lo pasado... ah! Es eciso que lo sepais, Luisita: ya no es tiempo de ıltaros nada.

Dios mio! Qué me irá á decir?

ESCENA VIII.

DICHOS. LA MARQUESA.

Hola! Estan ustedes juntos! Con que ya lo sas todo, Luisa? Estás muy contenta?

De qué?

De que tu madre se casa con Carlos.

Mi madre!

Sin duda. Pues qué, no te lo ha dicho?

Mi madre!

Esta mañana quise hacerle algunas reflexiones, o lo mismo que si hablara con esa pared. No es raño, cuando una muger está enamorada, y morada como ella, porque bien puede decir Cars que no ha vivido sino para amarle.

Aparte.) Dios mio!

En tales casos nadie consulta sino con su cora-. Y ademas, quién hace caso de consejos? Los sejos no divierten sino al que los da. Pero se figura que oigo la voz de mi prima... Qué es Luisita...! Estás llorando...?

(*Haciéndose violencia.*) Yo...? No señora. Nada so... No tengo ningun pesar... pero... me siento a... Quisiera respirar el aire libre... necesito deso... (*Se apoya en el hombro de la marquesa.*)

Car. (*Aparte.*) Infeliz!

Mar. Parece que te va á dar alguna congoja!

Lui. Sí... llevadme á mi cuarto... os lo ruego... cadme de aqui... Ya oigo á mi madre... Ah! Que me vea... Vamos.

Mar. Ven á que te dé un poco el aire... un vahí No será nada. (*Se lleva á Luisa por la derecha*

Car. Esto se llama padecer...! (*Aparte.*) Matilde...

ESCENA IX.

MATILDE. CARLOS.

Mat. Todo está dispuesto... Ah! sois vos...! Qué cidad! Ya no tardarán los testigos... Mientras blaremos un poco. Sentaos aqui, Carlos, com otro tiempo. (*Se sientan á la derecha cerca escritorio.*) Por fin llegó el dia que tantos añ anhelado...

Car. Y yo, Matilde? Bien conoceis mi amor.

Mat. Sí le conozco... Sin embargo...

Car. Sin embargo...!

Mat. Si tuvieseis algun pensamiento que yo no c ciese...

Car. Yo?

Mat. No temais decírmelo todo. Es cierto que no parariamos para siempre. Pero... yo misma hu querido que otra fuese para vos lo que yo no ser. Sí; yo he deseado que otra os amase; he te ese valor: vuestra felicidad era tan preciosa mí!

Car. Querida Matilde!

Mat. Y qué, nunca se cumplió mi deseo? decidr verdad, Carlos.

Car. Nunca he pensado en reemplazaros: no era posible que mi corazon hallase otra que se os pareciese en nada... á no ser...

Mat. (*Llena de zozobra.*) A no ser...? Ay de mí! Ha habido otra muger, Carlos, que os recordaba mis facciones? Tal vez mi ternura! (*Procurando sonreirse con indiferencia.*) Ya veis, amigo mio, que amar á una muger porque se parecia á mí... no era... ser muy infiel.

Car. Sin embargo no era Matilde. No me unian con ella tantos años de amor y de infortunio! Pero en fin, me recordaba...

Mat. Qué os recordabá? Hablad por Dios!

Car. Aquellos primeros dias tan bellos para nosotros! Cuando nos lisonjeaba la esperanza...

Mat. Era muy jóven!

Car. Casi una niña; risueña, alegre, confiada, como vos en otro tiempo. Al verla creía á veces que os veía á vos de la misma edad; y sin duda esta ilusion hizo...

Mat. Que la amaseis! No es verdad?

Car. No, sino que... Pero dejemos esta conversacion, Matilde.

Mat. No por cierto: seguid, Carlos, seguid.

Car. Me pareció que leía en su corazon, y que la inspiraba aquel afecto sencillo que en otro tiempo veía pintado en vuestros ojos.

Mat. Y entonces?

Car. Supe que Matilde estaba libre.

Mat. Con sentimiento?

Car. Con inefable placer!

Mat. Era jóven...! Las lágrimas no habian apagado el fuego de sus miradas! La tristeza y el infortunio no habian marchitado su corazon! No eran los res-

tos de una vida infeliz lo que os ofrecia; era la ju ventud, la belleza, la alegría lo que hubiera enla zado á vuestro destino!

Car. Por amor de Dios, Matilde, no hableis de es manera!

Mat. Perdeis el color, Carlos! Si en efecto la amasei

Car. Matilde, hermosa Matilde, sed mi compañer mi amiga, mi esposa. En esto se cifran todos m deseos. Vuestro amor es mi tesoro; y no en val he aguardado y padecido tantos años para merece esta felicidad.

Mat. Pues bien, Carlos, os creo y soy la mas dicho de todas las mugeres!

Un criado. (*Entrando.*) El señor de Melcur.

Mat. Ya está aqui uno de nuestros testigos.

ESCENA X.

MELCUR. LA MARQUESA. LUISA. MATILDE. CARLOS.

Mel. Y ciertamente el que se alegra mas de vuestr ventura.

Mar. Vamos, entra, Luisa; ya no tienes nada. Sino h sido mas sino que te aprietas tanto el corsé...!

Mat. Venid todos, amigos mios; que me vea rodead de todo lo que amo en este mundo. Solo asi es un felicidad la vida. Ven acá tú, Luisa mia. (*A Mel cur y los demas.*) Tambien es preciso que pensemo en establecerla. (*Luisa hace un estremo involun tario, y su madre la mira.*) Qué pálida estás hoy criatura!

Mar. (*A Luisa.*) Vamos, niña; no estés asi tan tur bada! Cuando se habla por la primera vez de ma trimonio delante de una muchacha, aunque no s

trate de ella, siempre sucede lo mismo. Parece una palabra mágica que las trabuca los sesos... En qué consistirá?

el. Es una especie de vaticinio.

ar. Cuidado con lo agitada que está! En verdad, Matilde, que tu hija es tan estremadamente sensible! Muchas veces lo he dicho, si hubiera consistido en mí, su educacion hubiera sido muy diferente.

ti. (*Haciendo un esfuerzo para sonreirse.*) Querida mamá!

at. Dentro de poco tu suerte cambiará tambien. Podrás elegir al que quieras... No habrá para tí obstáculos... tu juventud será feliz. (*Luisa se enjuga las lágrimas sin que su madre lo vea.*) En lugar de que otras mugeres han pasado su primavera llorando. (*Repara en la conmocion de su hija.*) Qué es esto, Dios mio!

r. (*Aparte.*) Es mucho tormento!

r. (*A Melcur á media voz.*) Pobre Carlos, qué turbado está! (*En alto á Luisa.*) Vamos á ver, Luisita, en qué piensas ahora? Por qué no hablas al amigo Darbel...? Tú que te alegrabas tanto con sus visitas...!

t. (*Volviéndose con presteza, como sorprendida.*) Cómo es eso? Pues qué...? Pero Luisa no conoce al señor...

r. Y tanto como le conoce! Eran íntimos amigos en los baños de Baden.

. (*Aterrada.*) En los baños de Baden!

. (*Aparte.*) Dios mio, qué es lo que trasluzco!

. Sabes que me la confiaste durante la enfermedad de tu esposo, y que fuimos á pasar seis semanas á Baden. En todo este tiempo Carlos casi nunca se apartó de nosotros.

Mat. (*Con un dolor reconcentrado.*) Ah!

Mar. Figúrate que enredaban como unos chiquill
Luisa estaba tan alegre, que no cabe mas; y Ca
los... si he de decir la verdad nunca he conocido
amable que era sino entonces.

Mat. (*Llena de angustia y hablando consigo mism*
Qué pensamiento...! Pero no es posible! Ah!
No!

Mar. Y desde aquella época, Luisa me ha dicho
veces: Pero qué, no volveremos á ver al se
Carlos?

Mat. Luisa decia eso?

Mar. Yo no sabia qué responderla, porque tú hal
exigido que se ausentase durante un año...

Mat. (*Con frialdad y dignidad.*) Y no hice mal
exigirlo... Es verdad, señor Darbel?

Car. (*En estremo turbado.*) Matilde!

Mat. Silencio! (*Llevando á la marquesa á un l*
del teatro.) Ahora que me acuerdo, esta mañ
me dijiste algo de esto... os veía diariamente...
principio estaba triste... luego se puso múy c
tento.

Mar. Ya se ve que sí; pero esta mañana no que
escucharme...

Mat. Habia echado en olvido lo pasado... Hablaba
lo futuro... yo no habia enviudado entonces...
Luisa estaba allí.

Mar. Cómo te he de decir que pasamos cerca de
meses juntos con el mayor placer?

Mat. (*Volviendo á su puesto.*) Dios mio! Dios m
Con qué es cierto que hay mugeres para qui
la suerte no tiene piedad...?

Mel. Qué decis!

Mat. Sí, las hay que tal vez no habian merecido

stino tan cruel! Yo conozco á una de esas mu-
res, cuya vida fue espantosa...! Ah! Si supierais!
Qué ideas!

Iba á unirse al esposo que su corazon habia ele-
lo, al que era dueño de su alma, pues se la
bia dado toda entera! Mas llegó un dia funesto!
dia en que fue preciso escoger entre su aman-
ó su padre, y ser hija sin entrañas ó amante
fiel y perjura!

Ah! Qué dia tan terrible!

(*Con prontitud.*) Terrible...? Cómo lo sabeis?
! Vos no comprendereis nunca su dolor ni su
fuerzo! El sacrificio que la naturaleza exigia de
a... le hizo. Y sin embargo, no hay palabras en
mundo capaces de espresar lo que padeció. En-
nces escribió á su amante la carta que vais á
r. (*Se acerca al escritorio y saca la carta.*) Quie-
que veais hasta dónde puede llegar el valor cuan-
se halla sostenido por la ternura filial. Escu-
ad un momento... Pero no... (*Aparte.*) Hagamos
ta esperiencia. (*En alto.*) Vos leereis la carta,
isa.

Yo!

Sí, vuestra madre os lo manda. (*Le da la carta.*)

(*Leyendo con voz muy conmovida.*) "Bien sabeis
ánto os amaba! Sí, toda mi alma era vuestra,
igo mio." (*Levanta los ojos y los clava invo-
ntariamente en Carlos.*)

(*Examinándola con ansia.*) (*Aparte.*) Le mira!

(*Leyendo.*) "El golpe fatal que ha recibido mi
razon, me quitará la vida. Asi lo espero." (*Vuel-
á mirar á Carlos.*)

(*Aparte, y con desesperacion.*) Ah! No hay du-
, es ella!

Lui. (*Leyendo.*) "Una larga vida, condenada á dolor tan agudo, sería un horrible suplicio, Carl

Mat. Sí, Carlos...! Se llamaba Carlos. Proseguid. (*sa se enjuga las lágrimas.*) Llora! (*Aparte.*)

Lui. (*Leyendo con voz mas débil.*) "Cuántas lá mas tendré que ocultar!"

Mat. (*Aparte.*) Y cuánto padeceria tambien ella!

Lui. (*Leyendo.*) "Y si tarda en llegar la muer cuántos años de afliccion me esperan! A mí soy tan jóven!"

Mat. (*Aparte.*) Tan jóven! Mi Luisa que debia ser feliz!

Lui. (*Leyendo, y pronunciando estas frases con mas firme.*) "Pero el deber lo exige, y cualqu que sea mi suerte, no me quejaré de la Provi cia, si asegura una felicidad que es para mí preciosa que la mia."

Mat. (*Aparte.*) Ya levanta mas la voz! Bien! bien!

Lui. (*Leyendo muy conmovida.*) "Amigo mio, r al cielo por mí; que me dé resistencia y valor

Mat. (*Aparte.*) Dios mio! parece que le va á fa la vida!

Lui. (*Leyendo.*) "Y que la virtud nos consuele d desdicha de nuestro amor." (*Presenta la car Carlos.*)

Mat. (*Cogiendo la carta, y sosteniendo á su h* Hija!

Lui. (*Echándose en sus brazos.*) Madre!

Mat. (*Abrazándola enagenada y dirigiéndose á cur y á la marquesa.*) Es mi hija! Mi hija! Cu do era chiquita se recostaba sobre mi corazon consolarle! Cuando sentia algun dolor, su ú grito era: mamá! y al instante me encontraba

Cuánto nos hacen padecer los dolores de un ! Cuánto se le quiere! Un dia, nunca, nunca lvidaré! acometida de un mal espantoso estaba rando en su cuna... ya no habia remedio, decian os. Pero yo conocí que no podia morir la hija la madre. La comuniqué mi calor, adiviné su rmedad, la curé, abrió sus ojos, estendió hácia sus bracitos! Dios misericordioso! Me concedisquel momento y puedo quejarme? Y perderia mi culpa el bien que me diste? Luisa! Hija de alma! Quién me restituiria sus colores tan be-? Su sonrisa tan dulce! Su alegría tan inocen-Su vida sería pues tan desdichada como la mia? felicidad? Qué no debo dar cuenta de ella á ? Á mí que soy su madre...? Su madre! (*Em- á Luisa y la hace caer en los brazos de Car-* Nunca os separareis de mí! (*Carlos y Luisa ren arrojarse á sus pies; ella lo impide, abra- nil veces á su hija, y volviéndose á Melcur y marquesa esclama:*) Será feliz!

Aparte.) Pues no hay mas sino que era Luisa á n queria.

A Matilde.) Y qué? Siempre nuevos sacrificios! dónde recibireis el premio?

Rebosando de alegría y poniendo la mano en orazon.) Aqui. (*Levantándola y señalando al .*) Y alli.

FIN DEL ACTO TERCERO.

Telon.

Se hallará en Madrid en las librerías de *Escamilla* y *Cuesta*, donde se encuentra la Coleccion del Teatro moderno.

Puede representarse, acreditando previa-

estar satisfecho el dro. de propiedad. Vall.d

Dic.e de 1839.

Lopez

